

# Elías

Un profeta de Dios

**Autor: H. Smith**

Elías, profeta del Dios vivo, empieza su ministerio público en los más sombríos días del pueblo de Israel. Está encargado de despertar las conciencias y de reconfortar el corazón del pueblo de Dios en los días de ruina. Primeramente debe llevar al desfalleciente pueblo de Dios a tener noción de sus responsabilidades, aplicándoles la palabra de Dios a sus conciencias. Seguidamente, alentará a los fieles elevando sus pensamientos por encima de la ruina que los rodea, y sostendrá sus corazones presentándoles las glorias venideras.

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

|  |    |
|--|----|
| Prefacio .....                                   | 3  |
| Acab - El mensaje de Dios .....                  | 4  |
| Querit - Se secó el arroyo .....                 | 7  |
| Sarepta - La casa de la viuda .....              | 10 |
| Abdías - El mayordomo de la casa del rey .....   | 15 |
| El monte Carmelo - El fuego del cielo .....      | 20 |
| El monte Carmelo - La llegada de la lluvia ..... | 26 |
| Jezabel - La huida al desierto .....             | 30 |
| Horeb - El monte de Dios .....                   | 35 |
| Ocozías - Ciertamente morirás .....              | 39 |
| El Jordán - El carro de fuego .....              | 44 |

## **Prefacio**

Cuando meditamos sobre el camino de Elías a través del mundo apóstata de su época, bien podemos exclamar, valiéndonos de las palabras de otro: «¡Qué carrera la tuya, Elías! sembrada de pruebas y de luchas contra la muerte, pero llena de conocimiento acerca del corazón de Aquel a quien servías para tu gozo y tu gloria; ¡una carrera empezada con secreta oración y con confianza en Dios y terminada en un carro de fuego que te condujo a él!». Mientras avanzamos hacia la gloria, a través de un mundo ya invadido por la sombra de la gran apostasía, ojalá que podamos andar, como Elías, separados del mal, dependientes de Dios y consagrados a él, en tanto esperamos ser llevados a la gloria cuando venga el Señor.

## Acab - El mensaje de Dios

Elías, profeta del Dios vivo, empieza su ministerio público en los más sombríos días del pueblo de Israel. Está encargado de despertar las conciencias y de reconfortar el corazón del pueblo de Dios en los días de ruina. Primeramente debe llevar al desfalleciente pueblo de Dios a tener noción de sus responsabilidades, aplicándoles la palabra de Dios a sus conciencias. Seguidamente, alentará a los fieles elevando sus pensamientos por encima de la ruina que los rodea, y sostendrá sus corazones presentándoles las glorias venideras.

Por cierto este es el ministerio que conviene en un tiempo de ruina. Cuando todo está en orden en el pueblo de Dios, el don de profecía no es necesario, ¡no tiene por qué ejercerse! Se ha hecho notar que en los gloriosos días de Salomón no había ningún profeta. Todo estaba en orden; el rey, en su trono, administraba justicia; los sacerdotes y los levitas se dedicaban a su servicio y el pueblo estaba en paz. Pero cuando todo cayó en el desorden, como consecuencia de las faltas y de la desobediencia del pueblo de Dios, entonces, por gracia de Dios, el profeta entra en escena. El mal, en el pueblo de Dios, indefectiblemente debe encontrar Su juicio, pues Dios es veraz y reivindica la gloria de su nombre. Pero Dios no castiga a un pueblo, cualquiera sea su iniquidad, sin haberle enviado un testimonio. Es la misma gracia de Dios la que suscita al profeta en un día de ruina.

Los caminos de Dios no han cambiado hoy en día. Algunos piensan que el don de profecía se limita a la predicción de acontecimientos futuros; como conclusión sostienen que el don de profecía ya no existe. Es verdad que la revelación de Dios está completa y que la palabra de Dios nos comunica todo lo que tenemos necesidad de saber respecto al porvenir; pero eso no significa de ninguna manera que el don de profecía haya terminado. El Nuevo Testamento muestra con toda evidencia que Dios estima en sumo grado este don. En 1 Corintios 14 leemos: “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis”, pues “el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (v. 1, 3). Es esencial, en los días de ruina, debilidad y faltas del pueblo de Dios, despertar la conciencia de los creyentes, consolar sus corazones y avivar sus afectos hacia Aquel que va a venir. Quien pueda hablar así “a los hombres para edificación, exhortación y consolación”, será un verdadero profeta.

Elías era un verdadero profeta de Dios. Nunca antes el pueblo de Dios se había degradado a tal punto. Cincuenta y ocho años habían pasado desde la división del reino en dos después de la muerte del rey Salomón. Durante este período, siete reyes se habían sucedido, y todos, sin excepción, fueron hombres malvados. Jeroboam había hecho pecar a Israel con los becerros de oro

(1 Reyes 12:28). Nadab, su hijo, “hizo lo malo ante los ojos de Jehová, andando en el camino de su padre” (cap. 15:26). Baasa era un asesino; Ela, su hijo, un borracho; Zimri, un traidor y un asesino (cap. 15:28; 16:9-10). Omri era un aventurero que se apoderó del trono e hizo peor que todos sus predecesores (cap. 16:16-17, 25). Y Acab, su hijo, todavía lo superó (cap. 16:30); tomó por mujer a la malvada e idólatra Jezabel y llegó a ser el jefe de la apostasía. En su tiempo, todo vestigio de culto público a Dios desapareció del país. La idolatría se generalizó. Los becerros de oro eran adorados en Bet-el y en Dan; la casa de Baal estaba en Samaria; las Aseras estaban por doquier y los profetas de Baal ejecutaban sus ritos idólatras públicamente.

En el seno de esta escena de tinieblas y de degradación moral, un testigo del Dios vivo, solitario pero notable, entra en escena. Elías tisbita afronta públicamente al rey, anunciando un juicio inminente:

“ Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.

Las primeras palabras del profeta indican al rey que tiene que vérselas con el Dios vivo. Elías es encargado de transmitir de su parte un mensaje muy poco agradable al hombre más poderoso del país. Consciente de estar ante el Dios vivo, Elías es liberado de todo temor cuando se encuentra frente al rey apóstata.

Muchos años antes, Dios había dicho a Israel por boca de Moisés: “Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y **cierre los cielos, y no haya lluvia**” (Deuteronomio 11:16-17). Este solemne aviso no había producido efecto. La idolatría había existido casi sin interrupción desde los días de Moisés y se había desarrollado hasta llegar a ser universal. Dios había dado prueba de paciencia durante mucho tiempo, pero la idolatría del país había provocado “la ira de Jehová Dios de Israel” (1 Reyes 16:33) y el juicio anunciado desde hacía mucho tiempo iba a cumplirse. No habría “lluvia ni rocío”, sino por palabra del profeta. Dios quiere así cumplir su palabra y mantener su gloria, cubrir la idolatría de desprecio y honrar al hombre que da testimonio de Su parte.

Bien podemos preguntarnos cuál era el secreto de la intrepidez de Elías en presencia del rey, la seguridad con la que anuncia el juicio que iba a venir y su firme convicción de que este se ejecutaría según su palabra.

Primeramente, para él, Jehová era el **Dios vivo**. Dios no era reconocido públicamente en ningún lugar. Aparentemente, ni una sola alma en el país creía en Él. En ese tiempo de decadencia universal Elías se alza resueltamente como aquel que creía y confesaba públicamente que Dios vivía.

Aun más, puede decir de Jehová: “En cuya presencia estoy”. No solamente creía en el Dios vivo, sino que también todo lo que decía o hacía era por estar consciente de hallarse **en la presencia de Dios**. Como consecuencia, es liberado del temor del hombre y guardado en perfecta paz en medio de circunstancias terribles, consciente del apoyo de Dios.

En el Nuevo Testamento encontramos otra verdad que concierne a Elías. Santiago cita al profeta como ilustración de las poderosas cosas que pueden ser hechas por medio de la ferviente suplicación del justo. La oración dicha en lo secreto era uno de los grandes resortes de su poder en público. Podía mantenerse ante el malvado rey porque antes había estado de rodillas ante el Dios vivo. Su oración no era una vana repetición, sino una ferviente súplica que “puede mucho”. Una oración que tenía como objeto la gloria de Dios tanto como la bendición del pueblo; por eso “oró fervientemente para que no lloviese”. ¡Cuán terrible era tener que presentar tal oración ante el Dios vivo! No obstante, al ver la condición del pueblo y comprobar que Dios ya no era reconocido en ningún lugar del país, Elías comprende que más le valían al pueblo los años de sequía. Esto podía volver a traerlo a Dios, mientras que el gozo de la prosperidad a costa del desprecio de Dios lo conduciría a un juicio peor. El celo por Dios y el amor por el pueblo eran los móviles de esta solemne oración.

Santiago también nos recuerda que Elías “era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”. Como nosotros mismos, él conocía las debilidades humanas. ¡Qué lección reconfortante es esa! Como Elías, nosotros podemos obrar con el poder de Dios si, a pesar del mal que nos rodea, somos conscientes de que él es el Dios vivo, si hablamos y obramos constantemente como estando en su presencia, y si estamos más a menudo en ferviente oración ante él, bajo la dirección del Espíritu.

## Querit - Se secó el arroyo

El profeta había estado solo con Dios en la oración. Luego había hecho una corta pero bella confesión ante el rey apóstata. Pero Dios reserva a Elías un servicio mucho más elevado; llegará el día en que triunfe sobre el conjunto de las tropas de Baal y vuelva a traer a la nación de Israel al Dios vivo. No obstante, todavía no ha llegado el tiempo para la escena del Carmelo. El profeta no está preparado para hablar, ni la nación para escuchar. Israel deberá pasar por los años de hambre antes de estar dispuesto a escuchar la palabra de Dios; Elías debe ser instruido en lo secreto antes de poder hablar de parte de Dios. El profeta debe emprender el solitario camino del arroyo de Querit y habitar en la lejana Sarepta antes de poder estar en el monte Carmelo.

El primer paso hacia el Carmelo, situado al oeste, debe ser dado en la dirección opuesta. “Apártate de aquí, y vuélvete al oriente”, esa es la palabra de Dios. A su debido tiempo, traerá a su siervo al lugar preciso en el que podrá servirse de él; pero lo llevará allí cuando esté en condiciones de ser empleado. Para llegar a ser un vaso útil al Señor (2 Timoteo 2:20-21, V. M.), él debe habitar algún tiempo en lugares solitarios y pasar por caminos difíciles, con el fin de conocer su propia flaqueza y el infinito poder de Dios.

Todo siervo de Dios tiene su Querit antes de llegar a su Carmelo. José, antes de llegar al poder y a la gloria, debe pasar por la cisterna y la prisión para alcanzar el trono. Moisés debe ir al desierto antes de llegar a ser el conductor del pueblo de Dios a través del desierto. El mismo Señor también estuvo solo en el desierto, donde fue tentado por Satanás durante cuarenta días y estuvo con las fieras, antes de asumir su ministerio público ante los hombres. Ciertamente no como nosotros, pues la finalidad de Dios es llevarnos a descubrir nuestra debilidad, despojarnos de nuestra propia suficiencia. Pero la tentación reveló las infinitas perfecciones de Cristo y manifestó ante nosotros su perfecta preparación para una obra que nadie más podía hacer. Circunstancias difíciles como las que sirvieron para revelar las perfecciones de Cristo son necesarias, en nuestro caso, para revelar nuestras imperfecciones, a fin de que todo pueda ser juzgado en la presencia de Dios y podamos llegar a ser así vasos útiles para él.

Esa era la primera lección que Elías debía aprender en Querit: la lección del vaso vacío. Dios le dijo:

Apártate de aquí y escóndete.

“

El hombre que va a ser testigo de Dios debe aprender a estar fuera de la vista. Para ser preservado de querer parecer algo ante los hombres, debe reconocer su propia nulidad ante Dios. Elías debe pasar tres años y medio en un retiro escondido, con Dios, antes de pasar un solo día a la vista de los hombres.

Pero Dios tiene otras lecciones para Elías. Deberá mostrar su fe en el Dios vivo ante Israel. ¡Pues bien! primeramente debe aprender a vivir por la fe, día tras día, en lo secreto ante Dios. El arroyo y los cuervos son dados por Dios para responder a las necesidades de su siervo, pero la confianza de Elías debe estar puesta en el Dios invisible y vivo, y no en las cosas visibles como arroyos o cuervos. **“He mandado”**, dice Dios, y la fe reposa en su palabra.

Además, para gozar de los cuidados de Dios, el profeta debe estar en el sitio escogido por Dios. La palabra dirigida a Elías es: “He mandado a los cuervos que te den **allí** de comer”. Elías no escoge el lugar de su retiro; debe someterse a la elección de Dios. Solamente ahí puede disfrutar de las bendiciones de Dios.

Asimismo, la obediencia a la palabra de Dios es el único camino de la bendición. Y Elías siguió ese camino, pues leemos: “Y **él fue e hizo** conforme a la palabra de Jehová”. Fue adonde se le dijo que fuera; hizo lo que Dios le dijo que hiciese. Cuando dice: “Vé, y haz”, como al intérprete de la ley en el evangelio (Lucas 10:37), una obediencia completa e inmediata es el único camino de bendición.

Pero el arroyo de Querit reservaba una lección todavía más dura y más profunda para el profeta: la lección del arroyo que se secó. Dios había dicho: “Beberás del arroyo”; obediente a la palabra, “bebía del arroyo”; y a continuación “se secó el arroyo”. El mismo arroyo que Dios había preparado, del cual había ordenado al profeta que bebiera, se secó. ¿Qué puede significar eso? Elías ¿dio un paso en falso? ¿Se encuentra en una posición errónea? ¡Imposible! Dios había dicho: “He mandado a los cuervos que te den **allí** de comer”. ¿Se había equivocado? De ninguna manera. ¿No había dicho Dios: “Beberás del arroyo”? Sin ninguna duda. Estaba en el lugar escogido por Dios, obedecía a la palabra de Dios y, sin embargo, el arroyo se había secado.

¡Qué dolorosa experiencia! ¡Qué providencia misteriosa! Estar en el lugar designado por Dios, obrar obedientemente según sus órdenes formales y tener que comprobar el completo fracaso de la provisión que Dios había garantizado para las necesidades diarias. ¡Qué prueba para la fe! Elías había declarado con intrepidez ante el rey que él estaba ante el Dios vivo. Helo aquí ante el arroyo seco para experimentar la realidad de su fe en el Dios vivo. ¿Esta fe en el Dios vivo va a

continuar firme cuando los arroyos terrestres se secan? Si Dios vive, ¿qué importa que el arroyo se seque! Dios es más grande que todas las gracias que dispensa. Las gracias pueden ser retiradas, pero Dios permanece. El profeta debe aprender a confiar en Dios más bien que en los dones que él concede. El Dispensador es más grande que sus dones: esta es la lección del arroyo que se secó.

Encontramos la misma lección en otro relato, cuando, más tarde, la enfermedad y la muerte entraron en el apacible hogar de Betania. Dos hermanas, privadas de su hermano, se encuentran frente al arroyo que se secó. Pero su prueba fue “para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. Lo que da gloria al Hijo trae bendición a los santos. Si Lázaro era recogido, Jesús, el Hijo de Dios, quedaba, sirviéndose de la pérdida de los arroyos terrenales para revelar una fuente de amor que no se agota nunca y un manantial de poder ilimitado. Lo mismo ocurrió en los días del profeta: el arroyo que se secó fue la ocasión para descubrir más elevadas glorias de Dios y bendiciones más preciosas para Elías. Esto no era más que un incidente del que Dios se valía para traer al profeta de Querit –el lugar del arroyo que desaparece– a la casa de Sarepta, donde debía descubrir la harina que no se agota jamás, el aceite que no falta y al Dios que resucita a los muertos. Si Dios permite que el arroyo se seque, es porque tiene una mejor porción, más bella, para su amado siervo.

Es lo mismo para el pueblo de Dios hoy en día. Todos deseamos tener alguna fuente terrenal de la que beber; no obstante, cuán frecuentemente, en los propósitos de un Padre que sabe que tenemos necesidad de esas cosas, nos encontramos ante un arroyo que se seca. Atraviesa nuestro camino bajo diferentes formas; tal vez por el duelo, o por una salud desfalleciente, o por la brusca suspensión de una fuente de remuneración nos encontramos junto al arroyo que se ha secado. ¡Cuánto nos beneficia que en tales momentos podamos, por medio de la fe en el Dios vivo, elevarnos por encima de la ruina de nuestras esperanzas terrenales, de los desfallecientes apoyos humanos, y aceptarlo todo como proveniente de él! Entonces veremos que incluso la prueba es el medio del que se sirve Dios para revelarnos los inmensos recursos de su corazón de amor y conducir nuestras almas a una bendición más profunda, más preciosa que lo que habíamos conocido.

## Sarepta - La casa de la viuda

El arroyo se había secado, pero Dios permanecía. Él no olvidaba a su siervo. Conocía sus necesidades y había visto el arroyo seco. Pero no había habido ninguna palabra de advertencia ni nueva directiva antes del desecamiento del arroyo. El amor del Señor provee a las necesidades de sus santos, pero las sendas que su sabiduría utiliza los mantiene en el sendero de la fe.

Además, el plan que Dios da es tan notable, tan contrario a todo lo que el profeta habría podido concebir, tan opuesto a su educación religiosa, a sus pensamientos naturales y a sus instintos espirituales que, si el plan hubiera sido expuesto al profeta antes de la desaparición del arroyo, quizás no habría manifestado una obediencia tan espontánea. Elías era un

Hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras



(Santiago 5:17)

y quizá tenía necesidad, como nosotros, de la presión de las circunstancias para que obedezca y sea llevado a un camino tan contrario a los pensamientos del hombre natural.

Por extraño que pueda parecer, el profeta recibe la orden de levantarse, ir a Sarepta y morar allí. Debe dejar el país de la promesa e ir a una ciudad de las naciones y, entre todas las ciudades, una que pertenecía a Sidón, el foco del culto de Baal, el que había causado la ruina del país. También era la morada de la malvada Jezabel, quien había introducido el culto de Baal y dado muerte a los profetas de Dios. Y, cosa más extraña todavía, al llegar a este país extranjero, el gran profeta debe depender de una viuda para su subsistencia diaria, pues dice Dios : “He dado orden allí a una mujer viuda que te sustente”. Si Dios hubiese ordenado al profeta que alimentase a la viuda, lo habríamos admitido más fácilmente. Pero no, el plan de Dios es que la viuda alimente al profeta. Había otras ciudades y otras comarcas alrededor de Israel que eran infinitamente menos culpables que Sidón. Había “muchas viudas” en Israel (Lucas 4:25), igualmente en una condición muy triste, pero ellas no respondían a los propósitos del plan de Dios.

Como siempre, Dios tiene en vista a Cristo. Mil años más tarde, en Nazaret, el Señor tendría necesidad de una ilustración de la soberana gracia de Dios, y por eso el profeta Elías debe ir a la casa de una viuda necesitada del país de Sidón triplemente culpable. Dios tiene un propósito en cada detalle del camino en el que pone a sus siervos, incluso si mil años deben pasar antes de que ese propósito sea revelado.

La fe del profeta obedece a la palabra de Dios sin hacer preguntas. “Él se levantó y se fue a Sarepta”. Movidado por la fe, quizás empujado por las circunstancias adversas, obedece a Dios y emprende su solitario camino hasta la lejana ciudad de Sidón, a través de un país árido y desolado, cubierto de espinos y cardos, donde los enemigos y las trampas abundan.

A la entrada de la ciudad, el profeta se encuentra frente a la viuda. Para la vista natural y la razón humana, parece imposible que ella pueda ser la indicada para alimentarlo. En una indigencia absoluta, esta viuda desolada y atormentada por el hambre ha llegado al límite de sus recursos. No le queda más que un puñado de harina y un poco de aceite en una vasija. Recoge leña para preparar una última comida para ella y su hijo, esperando que la muerte venga a poner término a sus sufrimientos. Apenas con lo indispensable para preparar una única comida, ¿cómo podría ella alimentar al profeta? La viuda por cierto habla del Dios vivo, pero es el Dios de Elías, pues ella dice: “Tu Dios”, y no «mi Dios». Ella no tenía una fe personal en el Dios vivo, ya que sus esperanzas estaban ligadas a la tinaja de harina y a la vasija de aceite y, estando estos vacíos, no tiene ante ella más que las puertas de la muerte. Pero Dios tiene otro plan que la muerte de la viuda. Su gracia ha previsto que la vida –la vida de resurrección– llenara su casa de bendición. En cuanto a Elías, en el tiempo determinado por Dios entraría en la gloria, no por las puertas de la muerte, sino en un carro de fuego con caballos de fuego. Mientras tanto, debe morar algún tiempo en Sarepta. Ahora bien, Sarepta significa el lugar del alto horno. El profeta soportó la prueba del arroyo seco en Querit; ahora debe afrontar el horno de la prueba en Sarepta. Pero es el camino de Dios hacia el Carmelo. Elías va a ser llamado a hacer bajar fuego del cielo (1 Reyes 18:36-38). ¡Pues bien! antes debe atravesar el fuego en la tierra. Deberá mantenerse solo por el Dios vivo ante todo Israel; por eso primeramente debe aprender, en lo secreto, el poder de Dios en el horno de la prueba. El arroyo seco de Querit y el fuego afinador en Sarepta son etapas en el viaje hacia el Carmelo y el carro de fuego.

No obstante, cuán humillante es para el orgullo ser alimentado por una viuda; cuán penosas para el amor propio son esas circunstancias desesperadas. Pero la pobreza de la viuda, el puñado de harina, la vasija de aceite y la muerte planeando sobre todos, solo sirven para manifestar los recursos del Dios vivo. Una vez revelada la total debilidad y el desesperante estado de las circunstancias, Dios es libre de desplegar los recursos de su gracia. El pedido de Elías –“un poco de agua” y un “bocado de pan”– revelan la condición de la viuda. Así establecida la verdad, la gracia puede desplegarse. ¡Con qué riqueza la gracia llena la casa de la viuda! Todo temor quedaba descartado, pues las primeras **palabras de gracia** fueron: “No tengas temor”.

A continuación viene la **provisión de la gracia**: “La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá”. Sus necesidades son satisfechas y la muerte es expulsada de su casa.

En esta bella escena tenemos aun la **enseñanza de la gracia**, pues la gracia no solamente trae la salvación a los necesitados, sino que también nos enseña cómo vivir. La vida dada por medio de la gracia es una vida de dependencia. Lo prometido no consiste en una tinaja de harina y una vasija de aceite. Las provisiones de la gracia son ciertamente ilimitadas, pero la gracia no da reservas como la naturaleza desea tener. La promesa era que el puñado de harina no escasearía y que la vasija de aceite no se vaciaría. Habría lo suficiente para cada día, pero no una reserva para el día siguiente. La gracia nos enseña a vivir dependiendo del Dispensador de la gracia.

Finalmente, está la esperanza de la gracia, pues la gracia ofrece un porvenir bendito: llegaría “el día”, el gran día, el día bienaventurado en el que Dios enviaría la lluvia. ¡Qué hogar dichoso –aunque no sea más que la casita de la viuda– aquel que es alimentado por las provisiones de la gracia, dirigido por las enseñanzas de la gracia y alentado por la esperanza de la gracia!

Desde entonces, esta misma gracia ha sido revelada con una plenitud infinitamente más grande. En casa de la viuda nos movemos entre las sombras, pero ahora, desde la venida de Aquel que está lleno de gracia y de verdad, tenemos la realidad. Durante todos los días de nuestra peregrinación en este mundo de miseria, tenemos, nosotros también, la tinaja de harina que no escaseará y la vasija de aceite que jamás disminuirá. Es que la harina –la fina flor de harina– nos habla de Cristo, Aquel de quien está dicho: **“Tú permaneces”**, y **“Tú eres el mismo”** (Hebreos 1:11-12). Otros pueden faltarnos, pero él permanece. Otros pueden cambiar, pero él es el mismo. Y el aceite nos habla de este otro Consolador –el Espíritu Santo– que ha venido para estar eternamente con nosotros (Juan 14:16). Los arroyos terrestres se secan, pero, con Cristo viviendo en la gloria y el Espíritu morando en la tierra, el cristiano posee recursos que jamás faltarán.

Además, la gracia de Dios que se ha manifestado para salvación nos enseña a vivir “en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:12). Tal vida solo puede ser vivida manteniendo una dependencia diaria respecto de Cristo, por el poder del Espíritu Santo.

Y la gracia de Dios que se ha manifestado para salvación y que nos enseña cómo vivir, ha puesto ante nosotros esta esperanza bienaventurada: la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. La manifestación de la gracia conduce a la manifestación de la gloria (Tito 2:11, 13). Entonces, de manera efectiva, las necesidades de los santos serán satisfechas, sus pruebas habrán pasado para siempre y el hambre de aquí abajo habrá terminado para siempre.

Pero otras revelaciones de la gloria del Dios vivo están reservadas para la familia de Sarepta. Dios tiene otras lecciones para Elías y ejercicios más profundos para la viuda. Dios iba a revelarse no solamente como Aquel que mantiene la vida, sino también como Aquel que da la vida. A fin de estar preparado para el gran día del Carmelo, Elías debe conocer a Dios como el Dios de resurrección. Para mantener apacibles relaciones con Dios, la viuda debe conocer a Dios como el Dios de verdad tanto como el Dios de gracia, y para eso su conciencia debe ser despertada y su pecado recordado y juzgado.

Para que estos elevados propósitos se concreten, la sombra de la muerte debe abatirse sobre la casa de la viuda. Su único hijo cae enfermo y muere. Durante todo un año la viuda ha gozado, con fe simple, de las gracias que Dios acordó, pero, en presencia de la muerte, su conciencia es despertada y ella se acuerda de su pecado, pues la muerte es la paga del pecado. Mientras nuestra vida transcurre apaciblemente y nuestras necesidades diarias son satisfechas, podemos vivir sin mucho ejercicio acerca de muchas cosas que, a los ojos de Dios, deberían ser juzgadas. Pero, bajo el efecto de una prueba particular, la conciencia se despierta, la vista se aclara y muchas cosas que, en el pasado, podían haber sido malas –como pensamientos, palabras, costumbres y acciones– son consideradas, rectificadas y juzgadas ante Dios.

Elías también tiene lecciones que aprender en esta gran prueba. Es una nueva ocasión para ejercitar su fe en el Dios vivo. De muy bella manera, mira más allá de la enfermedad y del poder de la muerte y ve, en el mal que le ha sobrevenido a esta casa, la mano del Dios vivo. A sus ojos, no es la enfermedad la que ha hecho morir al niño, no es la muerte la que ha caído sobre él; es Dios quien ha herido al hijo de la viuda. Si hubiese sido obra de la enfermedad y de la muerte, no habría ninguna esperanza, pues si bien ellas pueden llevarse al niño, en cambio no pueden volver a traerlo. Pero si es Dios quien ha herido al niño, Dios puede volverlo a la vida.

La fe de Elías pone a Dios entre él y las circunstancias dolorosas. Pero Elías reconoce que en sí mismo no hay poder. Eso es lo que puede significar el hecho de que se haya tendido sobre el niño. Se identifica enteramente con el niño muerto; comprende que, como el niño muerto, en él no hay poder alguno. Elías es impotente en presencia de la muerte. Pero, si bien el niño está muerto, Dios está vivo. Si Elías no tiene poder, Elías puede orar. Al tenderse, se identifica con la impotencia del niño; orando, apela al inmenso poder del Dios vivo.

El hombre “sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” pone de nuevo en movimiento el poder de Dios por medio de la oración. “Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él”. Al dirigirse a Aquel con el que mantiene una relación viva, Aquel al que conoce bien y

a quien ha puesto a prueba, puede decir con gran confianza “Dios mío”. Su fe reconoce que está en manos del Dios vivo resucitar al niño muerto y, con una fe todavía más grande, pide que esto se haga. ¿Ha habido hombre, antes o después, que haya presentado jamás una petición más grande a Dios, en un lenguaje tan simple y por medio de una oración tan corta? Es muy evidente que la oración eficaz y ferviente no tiene necesidad de ser complicada ni larga.

La oración es oída y la petición otorgada. Dios se revela como el Dios de resurrección. Dios no es solamente el Dios vivo; no es solamente la Fuente de la vida y el Sustento de la vida, sino que también puede dar vida a un muerto. Él rompe el poder de la muerte y vence a la tumba por medio del ilimitado poder de la resurrección.

Elías no reivindica ningún derecho sobre el niño resucitado, pues lo devuelve a su madre. La mujer enseguida discierne en él a un “varón de Dios”. Sabemos también que Elías era un “hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”. Y el hombre con las mismas pasiones que nosotros fue transformado en varón de Dios porque era un hombre de oración.

## Abdías - El mayordomo de la casa del rey

Los años de hambre finalmente llegan a su término y, de nuevo, la palabra de Dios viene a Elías diciendo: “Vé, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra”. Al principio de los años de sequía, Dios había dicho a Elías: “Apártate de aquí... **y escóndete**”; ahora, la palabra es: “Vé, **muéstrate**”. Hay un tiempo para escondernos y un tiempo para mostrarnos; un tiempo para proclamar la palabra de Dios desde los tejados y un tiempo para retirarse aparte, a un lugar desierto, y descansar un poco. Un tiempo para atravesar el país “como desconocidos” y un tiempo para mezclarse a la muchedumbre como “bien conocidos” (2 Corintios 6:9). Tales cambios son la parte común de todos los verdaderos siervos del Señor. Juan el Bautista, a su tiempo estuvo en el desierto como desconocido, hasta el día de su manifestación a Israel como bien conocido; después se retiró de nuevo de la vista pública al verse en presencia de Aquel de quien podía decir: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30). Esta gracia que sabe cuándo conviene mostrarse y cuándo es necesario retirarse, encuentra su más perfecta expresión en el andar del Señor. Puede reunir a toda la ciudad ante la puerta del lugar en que mora, como alguien “bien conocido” y, levantándose antes de que despuntara el día, puede retirarse a un lugar desierto “como desconocido”.

Pero, para que tales cambios en el camino del siervo encuentren una rápida obediencia, es conveniente que este sea humilde y tenga gran confianza en Dios. Esta elevada cualidad de la fe no faltaba en Elías. Sin formular la menor objeción, “fue, pues, Elías a mostrarse a Acab”. Su formación en lo secreto lo había preparado para esta ocasión. A los ojos del rey, Elías era un proscrito, aquel que turbaba a Israel. A la luz de la razón humana, presentarse ante el rey sería, pues, pura locura. Dios ¿no habría podido enviar la lluvia sobre la tierra sin exponer a su siervo a la ira del rey? Ciertamente, pero eso no habría respondido en manera alguna a las circunstancias del momento. La lluvia había cesado a raíz de la palabra de Elías, en presencia del rey; y el retorno de la lluvia debía también depender de la intervención del profeta de Dios en presencia del rey. Si la lluvia hubiese caído de nuevo independientemente del testimonio público de Elías, este habría sido tratado al instante de falso profeta y de impostor; peor aun, los profetas de Baal habrían podido atribuir la liberación a su ídolo.

El estado moral del rey no deja la menor duda. Mientras Elías deja a Sarepta, según la palabra de Dios y para gloria de Dios, el rey emprende un viaje por puro egoísmo y teniendo por único motivo la conservación de sus caballos. Durante tres años y medio no ha caído lluvia ni rocío; el hambre se hace muy pesada en el país; el rey y el pueblo experimentan que es una cosa “mala y

amarga” dejar a Jehová Dios y adorar a los ídolos (Jeremías 2:19). Pero ¿qué pasa con el rey? ¿Esta terrible calamidad ha tocado su corazón? ¿Ha producido el arrepentimiento ante Dios? ¿El rey recorre su reino para buscar alivio a la angustia de su pueblo que muere de hambre y para exhortar a cada uno a clamar a Dios? Desgraciadamente, solo piensa en sus caballos y en sus mulas antes que en su pueblo hambriento; y, muy lejos de buscar a Dios, busca simplemente hierba.

Este hombre débil, egocéntrico, inclinado a no privarse de nada, dominado por una mujer resuelta e idólatra, ha llegado a ser el jefe de la apostasía y el declarado enemigo del hombre de Dios. Y ahora, insensible a la terrible visitación de la sequía y el hambre, continúa su vida egoísta y frívola, tan indiferente a los sufrimientos de su pueblo como a los derechos de Dios. Esta es la imagen de depravación que ofrece el rey.

Pero en este momento, otro carácter, muy diferente, es puesto ante nosotros. Abdías era un hombre muy temeroso de Dios y que, en el pasado, había prestado un gran servicio a los profetas de Dios, y no obstante –cosa extraña– es mayordomo de la casa del rey. ¡Qué anomalía: un hombre muy temeroso de Dios se encuentra en íntima asociación con el rey apóstata! Alguien ha señalado: «No se trata simplemente de que a veces se haya visto engañado ni de que a veces su conducta dejara que desear, sino que toda su vida revela que es un hombre de principios mezclados».

Tanto Elías como Abdías eran santos de Dios, pero su encuentro está marcado por la reserva antes que por la comunión de los santos. Abdías es deferente y conciliador; Elías frío y distante. ¿Qué comunión puede haber entre el siervo de Dios y el ministro de Acab? Alguien ha observado justamente: «No podemos servir al mundo y seguir su corriente a escondidas unos de otros, y suponer que seguidamente podemos encontrarnos como santos y gozar de una dulce comunión».

Abdías intenta eludir una misión que a su parecer está llena de peligros. “¿En qué he pecado, para que entregues a tu siervo en mano de Acab para que me mate?”. Sin embargo, Elías no había hablado de pecado. Entonces Abdías invoca sus buenas obras. ¿Acaso Elías no había oído hablar de su bondad hacia los profetas de Dios en otro tiempo? Pero no era cuestión de buenas o malas obras; el origen de toda la turbación de Abdías residía en la **falsa posición** en la que se encontraba. Era un hombre bajo un yugo desigual.

El Espíritu de Dios se sirve de esta escena para mostrar las solemnes consecuencias de un yugo desigual entre la justicia y la injusticia, la luz y las tinieblas, Cristo y Belial, el creyente y el incrédulo (2 Corintios 6:14-18).

1. **Abdías recibe sus órdenes del rey apóstata.** Elías recibe sus directivas de Dios y obra según los mandamientos de Dios. Abdías, si bien es temeroso de Dios, no está empleado al servicio de Dios y no recibe ninguna directiva de Dios. Acab es su señor; a Acab debe servir y de Acab recibe sus órdenes. Así, durante este período de calamidad natural, él pierde su tiempo buscando hierba para las bestias de su señor.

2. **Él vive en un bajo nivel espiritual.** Cuando se halla en camino según la orden de su señor, “se encontró con Elías”. En presencia del profeta, Abdías se postra sobre su rostro y se dirige a él como “mi señor Elías”, manifestando que es consciente del bajo nivel en el que vive. Abdías habita en palacios reales; Elías en lugares desiertos de la tierra, en compañía de la viuda y del huérfano; sin embargo, Abdías sabe perfectamente bien que Elías es el más grande. Las elevadas posiciones de este mundo pueden conferir honores terrenales, pero ellas no pueden acordar dignidades espirituales. Elías ni siquiera puede reconocer a Abdías como un siervo de Dios. Para él, este no es más que un siervo del malvado rey, pues le dice: “Vé, di a tu amo: Aquí está Elías”.

3. La triste respuesta de Abdías muestra claramente que **él vive sintiendo un cobarde temor del rey.** Como siervo de un autócrata egoísta, recula ante una misión que puede atraer su ira y su venganza.

4. Esta asociación profana no solamente mantiene a Abdías temeroso del rey, sino que también **destruye su confianza en Dios.** Reconoce que el Espíritu de Dios pondrá a Elías al abrigo de la venganza del rey, pero, para él, no tiene fe para contar con la protección de Dios. Una posición falsa y una conciencia sin satisfacción lo han privado de toda confianza en Dios.

5. Como carece de confianza en Dios, **no está preparado para ser empleado por Dios.** Retrocede ante una misión en la que puede discernir peligro y quizá la muerte. Repite tres veces que Acab lo hará morir. Intenta esquivar la misión aduciendo su propia bondad y la maldad del rey.

¡Cuán diferente es la actitud de Elías! Anda separado del mal y está colmado de santa intrepidez. No porque su confianza estuviese puesta en sí mismo o en su marcha de separación, sino porque estaba puesta en el Dios vivo. Puede decir a Abdías: “Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que hoy me mostraré a él”. ¡Cuán solemne es que Elías deba dirigirse a un santo de Dios en los mismos términos en que se dirige al rey apóstata! (1 Reyes 17:1; 18:15). Abdías, en presencia del rey, está lleno de temor a la muerte; Elías permanece ante el Dios vivo lleno de calma y santa confianza. Debido a su fe en el Dios vivo, él había advertido al rey de la sequía que iba

a venir; por fe en el Dios vivo, había sido alimentado en secreto durante los años de la sequía; merced a su fe en el Dios vivo, una vez más puede aparecer ante el rey y decir sin rastro de temor: “Hoy me mostraré a él”.

Abdías no había pasado por una escuela así. Había seguido el camino más cómodo antes que el camino de la fe. Se complacía en la ciudad como mayordomo en casa del rey, y no en los lugares desiertos de la tierra como el fiel siervo de Dios. Su esfera era el suntuoso palacio del rey antes que el humilde hogar de la viuda.

A los ojos del hombre natural, ¡cuán deseable parece la posición de Abdías con sus comodidades, su riqueza y su elevado rango, y cuán miserable el humilde camino de Elías con su pobreza y sus privaciones! Pero la fe estima por mayor riqueza “el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (Hebreos 11:26). Elías encontró mayores riquezas en la pobreza del hogar de la viuda que Abdías en el esplendor del palacio del rey. Podemos decir que en Sarepta “las inescrutables riquezas de Cristo” (la harina que no escaseaba, el aceite que no disminuía y la resurrección) fueron desplegadas ante los ojos del profeta. Abdías no conoció tales bendiciones. Ciertamente evitó el vituperio de Cristo, pero pasó de largo ante las insondables riquezas de Cristo (Efesios 3:8). Eludió la prueba de la fe y perdió las recompensas de la fe.

Bien ha podido decirse de Moisés:

“ Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible (Hebreos 11:27).

También Elías volvió la espalda al mundo de su tiempo, sin temer la ira del rey. Con la visión que tenía del Dios vivo, se mantuvo firme, como viendo a Aquel que es invisible. Todo esto faltaba en Abdías. Quizá temía en secreto a Dios, pero públicamente temía al rey. Jamás había roto con el mundo y no veía al Dios vivo.

Elías, separado del mundo y santamente consagrado a Dios, está en contacto con el cielo y ve, desplegadas ante sus ojos, las maravillas de la gracia y de la potestad de Dios. Abdías es completamente ajeno a esas maravillas celestiales: identificado con el mundo y asociado con el rey apóstata, solo puede estar ocupado en cosas terrenales. Así, mientras Elías busca la gloria de Dios y la bendición de Israel, Abdías busca hierba para caballos y mulos.

Después de haber entregado el mensaje de Elías, Abdías desaparece del relato, mientras que Elías recibe nuevos honores como testigo del Dios vivo, hasta el momento en que, al final, entra en la gloria en un carro de fuego (2 Reyes 2:11).

## El monte Carmelo - El fuego del cielo

Después de que Abdías hubo entregado el mensaje, el rey Acab fue al encuentro del profeta; inmediatamente lo acusa de ser aquel que turba a Israel. El país está lleno de ídolos y de templos de ídolos; Aseras y altares de ídolos, servidos por sacerdotes idólatras, se encuentran por todas partes; el pueblo ha abandonado a Dios y ha seguido a Baal; el rey es el jefe de la apostasía y su mujer, una pagana asesina; toda esta acumulación de maldad no es un desorden a los ojos del rey. Pero si la sequía en el país y el hambre en Samaria vienen a contrariar sus caprichos y poner en peligro a sus caballos, entonces hay una profunda perturbación y el hombre por cuya palabra los cielos permanecen cerrados es, para el rey, aquel que turba. Por el poder del Dios vivo, Elías puede resucitar a un muerto y ordenar a la lluvia; pero si denuncia el pecado y advierte al pecador, enseguida es considerado como un sembrador de disturbio.

La presencia del hombre que pone el pecado sobre la conciencia y lleva al pecador a la presencia de Dios siempre es turbadora en este mundo. Cuando Cristo vino a este mundo, Herodes “se turbó, y todo Jerusalén con él” (Mateo 2:3). Más tarde, Pablo y sus compañeros fueron considerados como provocadores de disturbios, pues los excitados ciudadanos de Filipos dijeron: “Estos hombres... alborotan nuestra ciudad” (Hechos 16:20).

El cristiano mundano no será tratado de perturbador, como tampoco lo fue Abdías en su tiempo. Por el contrario, este era considerado como un muy apreciado miembro de la sociedad, a punto tal que fue nombrado mayordomo de la casa del rey. Pero el hombre de Dios, porque se mantiene separado de la corriente del mundo –al mismo tiempo que da testimonio del mal y advierte del juicio venidero– siempre será aquel que turba, incluso si proclama la gracia e indica el camino de la bendición.

Con gran osadía y en un lenguaje muy sencillo, el profeta vuelve la acusación contra el rey: “Yo no he turbado a Israel, sino **tú** y la casa de tu padre”. Explica fielmente cómo lo han hecho y denuncia el pecado personal de Acab: “Dejando los mandamientos de Jehová... y siguiendo a los baales”.

Después de haber puesto ante el rey sus pecados, le muestra que no hay más que una sola manera de poner fin al hambre y de ver venir el día en que Dios enviaría la lluvia sobre la tierra: **el pecado que dio lugar al juicio debe ser juzgado**. Para eso, Acab recibe la orden de reunir a todo Israel en el monte Carmelo, con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel. Todos aquellos que han participado

de ese pecado deben estar presentes. Los instigadores y aquellos que se han dejado seducir deben reunirse en el monte Carmelo. Ningún privilegio particular, ninguna posición, por elevada que sea, será admitido como pretexto de la ausencia. Aquellos que banquetean en la mesa real y aquellos que sirven a Baal deben estar presentes con todo el pueblo.

Incluso el miserable rey está consciente de la desesperada condición del país, de modo que, sin objeción, ejecuta el pedido de Elías. Todo Israel y todos los profetas idólatras son congregados en el monte Carmelo.

Una vez reunida esta inmensa multitud, Elías se acerca y se dirige a “todo el pueblo”. Hace tres exhortaciones distintas. Primero, procura despertar la conciencia del pueblo:

“ ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.

El auditorio al que Elías dirige este potente llamado estaba compuesto por un rey envilecido, una corrupta compañía de profetas y una multitud versátil que padecía la influencia de ellos. Elías, ignorando al rey y a los profetas, habla directamente al pueblo. El rey era el jefe de la apostasía y ya había sido puesto ante su pecado. Los profetas de Baal eran los declarados adversarios de Dios e iban a ser confundidos y juzgados. Pero la gran masa del pueblo estaba indecisa, dudando entre los dos lados. Ellos **profesaban** ser el pueblo de Dios, pero en la práctica adoraban a Baal. Elías, dirigiéndose a sus conciencias, les dice: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?”.

Hoy estamos confrontados con los representantes de estas tres clases. Están los instigadores de la apostasía, hombres que han hecho una profesión exterior de cristianismo, pero niegan al Señor que los ha comprado y han vuelto a revolcarse en el cieno. Luego hay un número creciente de personas que no hacen profesión de cristianismo, las cuales propagan con celo sus falsos sistemas religiosos y son los declarados enemigos de Dios el Padre y de Dios el Hijo. Pero hay otra clase, la gran masa de cristianos nominales, todos aquellos que dudan entre los dos lados. Lamentablemente, no tienen fe personal en Cristo, sino nada más que «opiniones». Para ellos, Dios y su palabra, Cristo y su cruz, el tiempo y la eternidad, el cielo y el infierno, simplemente son cuestiones opinables, acerca de las cuales no llegan a ninguna convicción firme, pues frente a estas solemnes realidades tienen «**dos**» opiniones. No se oponen a Cristo, pero rehúsan confesar a Cristo. No desean malquistarse con Dios, pero quieren quedar bien con el mundo. Querrían escapar del juicio del pecado, pero están determinados a gozar de los deleites del pecado.

Querrían morir como santos, pero prefieren vivir como pecadores. A veces hablan de moralidad, discuten problemas sociales y religiosos, o participan de controversias teológicas, pero evitan cuidadosamente todo contacto personal con Dios, toda decisión por Cristo y toda confesión de su nombre. Fluctúan, dudan, diferir la decisión de día en día, diciendo prácticamente: «Un día nos volveremos hacia Cristo, pero no ahora; un día seremos salvados, pero no ahora; un día nos ocuparemos de nuestros pecados, pero no ahora».

Quienes hablan así escuchen la pregunta que Elías dirige a sus conciencias: “¿Hasta cuando?”. ¿Cuánto tiempo los pecadores dejarán en suspenso la gran cuestión del destino eterno de sus almas? ¿Durante cuánto tiempo correrán el riesgo de perder sus vidas, jugarán con el pecado, despreciarán la salvación y se burlarán de Dios? Recuerden que Dios tiene una respuesta a esta pregunta, que lo que Dios dispone por lo general es muy diferente de lo que el hombre se propone. El hombre rico del relato del Evangelio se proponía responder a esta cuestión según sus pensamientos, y Dios lo trata de necio. Parecía calcular: «¿Hasta cuándo viviré para disfrutar de mis bienes?». Y, como respuesta, pensaba: “Muchos años”. Pero la respuesta de Dios fue muy diferente: “Esta noche vienen a pedirte tu alma” (Lucas 12:16-20).

A esta solemne pregunta: “¿Hasta cuándo?” es necesario responder sin demora. Por cierto que la gracia de Dios es ilimitada, pero **el día de la gracia** llega a su fin. Durante muchos siglos, los rayos de la gracia han brillado en este mundo culpable; ahora las sombras se alargan y la noche llega con sus juicios. Los burladores tengan cuidado de no dudar mucho tiempo cuando Dios dice: “¿Hasta cuándo?”; no sea que finalmente tengan que oír estas terribles palabras: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi represión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegue como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán” (Proverbios 1:24-28).

En los días de Elías, los hombres fueron reducidos a silencio con este llamado. “El pueblo no respondió palabra”. Toda boca fue cerrada. Estaban ahí ante el profeta, un pueblo silencioso, golpeado en su conciencia, condenándose a sí mismo.

Después de haber convencido al pueblo de su pecado, el profeta le dirige su segunda exhortación. Recuerda a la nación que él solo es el profeta de Dios, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta hombres. ¡Qué tiempo sombrío aquel en el que no hay más que un solo

verdadero profeta para resistir a cuatrocientos cincuenta falsos profetas! Ciertamente había siete mil hombres que no habían doblado las rodillas ante Baal; sin embargo, no quedaba más que un solo hombre para testimoniar por Dios. Es algo bueno rehusarse a reconocer a Baal, pero hay una gran diferencia entre no doblar las rodillas ante Baal y levantarse para testimoniar en favor de Dios. Abdías podía ser muy temeroso de Dios, pero su asociación profana le había cerrado la boca. Nada oímos a su respecto en el monte Carmelo. El temor de Dios puede hacer que siete mil hombres lleven luto ante Dios secretamente, pero el temor del hombre les impide testimoniar públicamente en favor de Dios. En medio de esta gran multitud, el profeta está solo. Y no olvidemos que, a pesar de su santa valentía, era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. El Dios vivo ante cuya presencia estaba era la fuente de su poder.

Aunque solo, Elías no duda en desafiar a la muchedumbre de los falsos profetas. Ha reprendido al rey; ha convencido a la nación de indecisión culpable; ahora va a denunciar la locura de esos falsos profetas y la vanidad de sus dioses. ¿Quién es el Dios de Israel? tal es la importante pregunta. Elías propone valerosamente que esta trascendente pregunta sea sometida a la prueba del fuego. “El Dios que respondiere por medio de fuego, ese sea Dios”. Él apela a Dios. La decisión no pertenece al solitario profeta de Dios ni a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. No se trata de razonamientos humanos o de la opinión de un solo hombre contra cuatrocientos cincuenta. Dios decidirá. Los profetas de Baal prepararán un altar, Elías reedificará el altar de Dios y el Dios que responda por medio del fuego será Dios.

Este llamado a la razón recibe la unánime aprobación de Israel. “Y todo el pueblo respondió, diciendo: Bien dicho”. Los profetas de Baal están silenciosos; frente a la aprobación del pueblo, no pueden evitar el compromiso. Ellos levantan su altar, preparan el buey e invocan a su dios. Desde la mañana hasta el mediodía, claman a Baal. En vano; “no había ni voz, ni quien respondiese”. Hasta mediodía, Elías es un silencioso testigo de sus vanos esfuerzos; finalmente, por única vez, se dirige a esos falsos profetas, pero solamente para burlarse de ellos. Fustigados por el desprecio de Elías, redoblan sus esfuerzos. Durante tres horas más –desde mediodía hasta la hora del sacrificio de la tarde– gritan frenéticamente y se hacen cortes con sus cuchillos, hasta hacer chorrear la sangre. Siempre en vano: “no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase”.

Ante la total derrota de los falsos profetas, Elías dirige su tercera exhortación al pueblo. Ha hablado a su conciencia, ha llamado a su razón, ahora se va a dirigir a su corazón. Los reúne a su alrededor por medio de una invitación llena de gracia: “Acercaos a mí”. Como respuesta, “todo el

pueblo se le acercó”. Observan en silencio cómo el profeta prepara el altar de Dios. La impotencia de Baal ha quedado demostrada; ahora él erige el altar de Dios. No es suficiente denunciar lo falso; la verdad debe ser establecida.

Para mantener la verdad, edifica su altar con doce piedras. A pesar del estado de división de la nación, la fe reconoce la unidad de las doce tribus. Cada tribu debe estar representada en el altar de Dios. La fe discierne que pronto la idolatría será juzgada y que la nación será una, con Dios en medio de ella. Tal es la palabra de Dios anunciada por medio de Ezequiel: “He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. Ni se contaminarán ya más con sus ídolos... y los salvaré... y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios” (cap. 37:21-23).

El altar es erigido, la víctima puesta sobre él, todo será empapado con agua tres veces y, a la hora en que se ofrece el holocausto, el profeta se dirige a Dios. En su oración, Elías no se tiene en cuenta en absoluto, todo le corresponde a Dios. No busca ninguna figuración para sí mismo; no tiene el menor deseo de exaltarse ante el pueblo; solo quiere ser conocido como un siervo que ejecuta los mandatos de Dios. Su único deseo es que Dios sea glorificado. Con este fin, querría que todo el pueblo reconociese que Jehová es Dios; que es Dios quien hace “todas estas cosas”; que es Dios quien habla a sus corazones para volver a traer al pueblo hacia sí.

La oración de Elías recibe una respuesta inmediata. “Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto”. ¡Qué magnífica es esta escena! Por un lado, un Dios santo que debe obrar en cuanto a todo mal por medio de ese fuego consumidor que es el juicio; y por otro, una nación culpable, sumergida en el mal, a la que el Dios santo debe juzgar. El fuego de Dios ciertamente debe caer y la nación tiene que ser consumida. ¿Cómo puede escapar? ¿Cómo los corazones pueden ser traídos a Dios? Ningún justo, por ferviente que sea su súplica, puede hacer frente al juicio. Si la nación culpable debe ser dispensada de él, es necesario que el altar sea edificado y ofrecido un sacrificio, sacrificio que representará a la nación culpable ante los ojos de Dios y sobre el cual pueda caer el juicio que ella ha merecido. Y fue lo que se produjo, pues leemos: “cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto”. El juicio cae sobre la víctima; la nación se salva.

“ Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!

En el maravilloso valor del sacrificio, la justicia de Dios encuentra un medio por el cual la justicia es satisfecha, el juicio es soportado y el corazón de la nación es ganado.

¿No discernimos en esta escena un tipo evidente del sacrificio del Señor Jesucristo cuando, por el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios? Sin embargo, hay contrastes notables, pues, mientras en el monte Carmelo el fuego del juicio consume el holocausto, en el Calvario podemos decir que el sacrificio anonada al fuego del juicio. Y los sacrificios judíos eran repetidos a menudo sin que jamás quitaran los pecados: el juicio era siempre más grande que el sacrificio; pero en el Calvario encontramos a Aquel que, como Sacrificio, es más grande que el juicio. Ahí, las olas del juicio que estaban encima de nuestras cabezas cayeron sobre su cabeza y **se terminaron**; el juicio que él soportó, él lo agotó. La resurrección es la eterna prueba de ello. Fue entregado por nuestras faltas y resucitado para nuestra justificación.

Pero ¿para qué servirá todo esto si no lo vemos con fe? **“Todo el pueblo” lo vio**, y se prosternaron y adoraron. También para nosotros la contemplación, por la fe, de un Cristo muerto y resucitado incitará a nuestros corazones a la adoración. El mismo sacrificio por el que Dios libró a su pueblo de todo juicio manifestó su amor de tal manera que ha ganado nuestros corazones. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Hoy podemos decir verdaderamente que Dios ha hecho volver hacia sí el corazón de su pueblo y que estos solo pueden caer sobre sus rostros con profunda adoración, como lo hizo Israel.

## El monte Carmelo - La llegada de la lluvia

El juicio abre el camino a la bendición y de esta manera el fuego del cielo es seguido por la lluvia del cielo. El atento oído de Elías percibe el ruido de “una lluvia grande”. Un rumor sobre la cumbre de los árboles, un temblor sobre las aguas –la sorda queja de la tierra– decían al atento oído de Elías que finalmente estaba por llegar el día en que Dios enviaría la lluvia.

Si, por medio de un andar más íntimo con Dios, nuestros oídos estuviesen más ejercitados en oír sus suaves murmullos, y nuestro espíritu más iluminado para interpretarlos correctamente, ¿no oiríamos más a menudo su voz hablándonos de bendición muy próxima en medio de las quejas sordas y tristes que se elevan de este mundo turbado? En el suspiro que se eleva de un lecho de enfermo, o en las lágrimas de un afligido, o en el grito de algún corazón frustrado ¿no discernimos el sonido de una bendición inminente para el alma herida?

Ninguno de esos sonidos llegaba a oídos del rey Acab. Como estaba absorbido por sus propios deseos egoístas, su corazón se había endurecido y sus oídos estaban entorpecidos. Solamente la fe puede leer los signos de los tiempos y penetrar en los secretos de Dios. Cuando todo parece muerto entre el pueblo de Dios, cuando la predicación del Evangelio parece no producir ningún resultado aparente, cuando hay pocas conversiones entre los pecadores y poco crecimiento entre los santos, verdaderamente hace falta una marcha de intimidad con Dios para ver que su mano actúa.

No obstante, cuando la voz de Dios es oída y su mano se discierne, se producen resultados inmediatos. ¿Va a caer la lluvia? Acab sube entonces para comer y beber mientras Elías –el hombre de oído atento– va a subir a la cumbre del monte Carmelo para orar.

Durante tres años y medio no llovió y el hambre se hizo sentir pesadamente en el país. Ahora llega la lluvia; el hambre se terminó. ¡Seguramente Acab va a volverse hacia Dios con reconocimiento! Ha visto la vanidad de los ídolos, la derrota de los falsos profetas, el fuego que vino del cielo y el horrible juicio de los profetas de Baal. Desgraciadamente, esto no causa ninguna impresión en el rey; Dios no tiene ningún lugar en sus pensamientos. Poco le importa Dios o Baal, el profeta del Dios vivo o los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Su único pensamiento es: «Esta fastidiosa hambre ha terminado, va a llover; ahora puedo divertirme a mis anchas». De modo que sube para comer y beber, celebrando esta ocasión con una fiesta. Así actúa siempre el

mundo. Dios hace sentir su acción gubernativa sobre los hombres y, durante algún tiempo, se sienten afligidos por la guerra, el hambre o la peste. Apenas se les concede un alivio, vuelven con ánimo renovado a comer, a beber y a divertirse; y Dios es olvidado.

¡Cuán diferente es el efecto causado en el hombre de Dios! Oye el ruido de lluvia abundante y sabe que no es el momento de festejar con el mundo, sino más bien de apartarse de los hombres y estar solo con Dios en la cumbre del monte. Cuando el mundo festeja, es el momento para que el pueblo de Dios suba para orar. La naturaleza diría: Si hay ruido de lluvia abundante, no es necesario orar. Pero, para el hombre espiritual, ese es un motivo para orar.

Sin embargo, para que nuestra oración sea eficaz, debemos cumplir ciertas condiciones. Ellas están ante nosotros en esta solemne escena. Primeramente, la oración eficaz exige que nos retiremos de la prisa y de la agitación de este mundo a un santo retiro con Dios. Como Elías, nos hace falta subir a la cumbre del monte. El mismo Señor nos da la instrucción:

“ Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre (Mateo 6:6).

Cuán a menudo nuestras oraciones son ineficaces porque no hemos cerrado nuestra puerta. Para estar conscientemente en la presencia de Dios, debemos concentrarnos, reunir nuestros vagabundos pensamientos y cerrarle la puerta al mundo. Una santa separación y el retiro son la primera condición importante para una oración eficaz.

Después debemos tomar nuestro verdadero lugar en el polvo ante Dios, lo que nos es presentado de una manera notable en el profeta. Al llegar a la cumbre del monte se humilla. “Postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas”. Pocas horas antes había estado en pie por Dios ante el rey, los falsos profetas y todo el pueblo de Israel, **y este se había postrado**. Ahora, los falsos profetas están muertos, la muchedumbre se ha dispersado y Elías permanece solo con Dios. Al instante se prosterna hasta la tierra y **esconde su rostro entre las rodillas**. Ante todo Israel, Dios sostiene y honra a su siervo, pero este, solo con Dios, debe aprender su propia nulidad en presencia de la grandeza de Dios. Antes, él daba testimonio de Dios ante pecadores, impartía órdenes al rey, a los profetas y al pueblo; ahora está solo, confiándose a Dios, a quien suplica y, como tal, él también debe recordar que no es más que polvo, completamente dependiente de la gracia de

Dios. Abraham dijo: “He aquí que ahora he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza” (Génesis 18:27). Un cristiano de antaño dijo: «Cuanto más se humilla el corazón, más se eleva la oración».

Este relato nos revela otro de los secretos de la oración ferviente y eficaz. No debemos solamente orar, sino **velar** y orar. El apóstol nos exhorta a hacerlo: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2). También leemos: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Efesios 6:18). Vemos esta vigilancia en la oración de Elías, cuando él dice a su criado: “Sube ahora, y mira hacia el mar”. Este subió, miró y dijo: “No hay nada”. Él vela, pero al principio nada ve. Oye el sonido que lo invita a orar y ora y mira, pero al principio no ve nada. Cuán frecuentemente les ocurre hoy lo mismo a los hijos de Dios. Oran y velan al respecto, pero durante algún tiempo Dios juzga bueno hacerlos esperar. Dios tiene lecciones que enseñarnos y por eso puede hacernos esperar a su puerta durante algún tiempo. Velamos para ver si la mano de Dios obra y, desgraciadamente, nada vemos. ¿No es para enseñarnos que **nada de Dios** es visible mientras **algo del yo** llena nuestra visión? Debemos aprender a conocer que no somos nada antes de ver obrar a Dios. Creemos que Dios nos escuchará a causa de la urgencia del caso, del fervor de nuestras oraciones, de la rectitud de nuestra causa. Pero Dios nos hace esperar hasta que seamos conscientes de que, si incluso ante los hombres nuestra causa puede parecer justa, ante Dios somos indignos suplicantes, sin nada que reivindicar; únicamente podemos apelar a la gracia de Dios. Además, Dios nos enseña que la oración no es un hechizo secreto del que podemos usar en cualquier momento para obtener lo que queremos, sino que el poder de la oración reside en Aquel a quien oramos.

Pero, si bien ciertas causas de retraso están en nosotros mismos, Dios también tiene su tiempo y su manera para responder a las oraciones. Si, pues, oramos y velamos, y, sin embargo, debemos reconocer como el criado de Elías que “no hay nada”, ¿qué más podemos hacer? Esta pregunta recibe una respuesta muy precisa por parte de Elías. Dice: “Vuelve siete veces”. En otras palabras, debemos **perseverar**. El apóstol nos exhorta no solamente a orar, sino también a velar a ese respecto “con toda perseverancia”. No podemos apresurar a Dios. Nosotros pensamos en lo que nos es agradable; Dios piensa en lo que incumbe a su gloria y en lo que es para nuestro provecho.

A la luz de esta escena, bien podemos sondear nuestros corazones y preguntarnos si estamos lo bastante cerca de Dios como para oír su invitación a orar mientras todo el mundo tal vez festeja. Y ¿estamos dispuestos a guardar una santa separación para orar, dispuestos a humillarnos en la oración y velar a ese respecto con toda perseverancia?

Una vez cumplidas esas condiciones, ¿no podemos esperar una respuesta a la oración, incluso si, humanamente, hay poco o ningún signo de bendición inmediata? Así fue para Elías; su perseverancia fue recompensada. Sabía que su oración iba a ser correspondida, aunque sus ojos no hubiesen podido ver más que “una pequeña nube”, no más grande que “la palma de la mano de un hombre”. Pero detrás de la semejanza de una mano humana, la fe podía discernir la mano de Dios. Con una confianza muy grande, Elías envía al instante un mensajero a Acab, diciéndole: “Unce tu carro y desciende, para que la lluvia no te ataje”. Para la vista natural, no había signos de lluvia: el cielo estaba perfectamente claro, salvo una nubecita no más grande que la palma de la mano de un hombre. Pero la fe sabía que Dios estaba detrás de la nube y, cuando él actúa, una cosa pequeña puede llegar lejos. Un puñado de harina y un poco de aceite, con Dios, pueden alimentar a una familia durante todo un año. Cinco panes de cebada y dos pececillos, con Dios, pueden saciar a cinco mil personas y una nube pequeña con Dios detrás de ella puede cubrir toda la extensión de los cielos. De modo que, mientras Acab uncía su carro, “los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia”.

“Y subiendo Acab, vino a Jezreel”. Pero “la mano de Jehová estuvo sobre Elías”. La mano de Dios estaba con el hombre que había estado con Dios en la cumbre del monte. Y cuando la mano de Dios está sobre un hombre, este hará todo como conviene y en el momento oportuno. Guiado por Dios, Elías había estado ante el rey para reprocharle su idolatría y ahora, guiado siempre por Dios, el profeta corre ante el rey para honrar y proteger la autoridad del rey ante el pueblo. Elías está instruido para mantener lo que es debido a Dios y manifestar al mismo tiempo el respeto debido al hombre. A su tiempo, mostrará su temor de Dios y a su tiempo honrará al rey.

## Jezabel - La huida al desierto

Elías había hecho una bella confesión ante el malvado rey, los falsos profetas y la nación idólatra; ahora debe encontrar una oposición de un carácter muy diferente: la de la malvada Jezabel. El rey era egoísta e indolente, solo preocupado por satisfacer sus concupiscencias y sus deseos y absolutamente indiferente a la religión. Jezabel, por el contrario, era una mujer animada por una intensa energía, una fanática que desplegaba un infatigable celo por la idolatría, por lo cual protegía a los sacerdotes de Baal y perseguía a los siervos de Dios. Para lograr sus propósitos religiosos, procuraba manejar el poder temporal y real de su débil esposo.

Por esta razón el Espíritu de Dios se sirve de Jezabel para personificar un sistema religioso corrupto, animado por Satanás, quien procura sus fines con un intenso y persistente celo, persigue siempre o se esfuerza en seducir a los siervos de Dios e intenta manejar el poder temporal para satisfacer sus propósitos. Jezabel se esforzaba por satisfacer los caprichos y las codicias de Acab con el fin de ponerlo enteramente bajo su poder. De la misma manera el sistema papal –al que Jezabel representa– ha procurado, en el transcurso de los siglos, satisfacer las codicias de los reyes y hombres de Estado, como así también las de la masa humana, halagando su avaricia, su vanidad y su orgullo, para poner tanto a los Estados como a los individuos bajo su poder. De la misma manera que la alianza de Acab con esta malvada mujer produjo tal perturbación en Israel, la unión de la Iglesia y del Estado también ha producido la ruina de lo que hoy día profesa ser la Iglesia de Dios en la tierra (Apocalipsis 2:20-23).

Elías debe afrontar ahora la encarnizada persecución de esta terrible mujer. Le falta el valor ante su amenaza de venganza y huye para salvar su vida. Al atravesar el territorio de Judá, llega a Beerseba, ubicada en el extremo sur, lindera al desierto. Hasta aquí había actuado según la palabra de Dios, como había podido decirlo en el monte Carmelo: “Por mandato tuyo he hecho todas estas cosas”. En cambio, aquí no obraba conforme a instrucciones de Dios, sino más bien bajo la amenaza de una mujer. Elías había dejado un momento que la malvada y poderosa Jezabel se interpusiese entre él y Dios. Por eso el hombre que había estado por Dios ante el rey, los falsos profetas y todo Israel, huye ahora ante las amenazas de una mujer. Con razón Santiago puede decir que Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. En todo esto, Elías no piensa en Dios ni en el pueblo de Dios, sino en él mismo. Dios había conducido a Elías a un testimonio público, pero ahora su fe retrocede ante la oposición que ese testimonio acarrea. Abandona el sendero de la fe y anda según la vista. Leemos:

Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida.



Hasta aquí Elías había sido sostenido en las ejercitantes circunstancias que había atravesado, merced a la clara visión que su fe le daba del Dios vivo, pero en esta nueva prueba, su fe desfalleciente pierde de vista al Dios vivo y no ve más que a una mujer violenta.

Frente a las amenazas de esta mujer, el Dios que lo había conducido y preservado, la harina que no escasea, el aceite que no disminuye, el poder de Dios que resucita los muertos, que hace bajar fuego del cielo y que envía la lluvia, todo esto desaparece completamente de su espíritu. En un instante, todo es olvidado y el profeta no ve más que una mujer desenfrenada y la muy cercana perspectiva de una muerte violenta. “Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida”. Pedro, por su parte, “al ver el fuerte viento, tuvo miedo” y comenzó a hundirse (Mateo 14:30). Al dejarse guiar por la vista, el gran apóstol se hunde y el gran profeta huye. Si mira a las cosas visibles, el hombre de Dios es más débil que el hombre del mundo. Solo andando por la fe que ve a Aquel que es invisible podremos ir hacia adelante en medio de las crecientes dificultades y de las terribles circunstancias de los días en que vivimos.

“Se fue para salvar **su vida**”. No era por su Dios, ni por el pueblo de Dios ni por el testimonio de Dios, sino que se fue para salvar su vida. Sin tener en cuenta nada más que a sí mismo, huye tan lejos como le es posible del lugar del testimonio. Deja el país de la promesa, le da la espalda al pueblo de Dios y huye a Beerseba.

Lamentablemente, frente a la prueba también nosotros podemos olvidar fácilmente lo que el Señor ha sido para nosotros en el pasado. El camino por el que nos ha conducido, la gracia que nos ha preservado, el corazón que nos ha amado, la mano que nos ha sostenido, la palabra que nos ha dirigido, todo es olvidado en presencia de una prueba terriblemente real para la vista y los sentidos. Vemos la prueba y perdemos de vista a Dios. Ante una prueba pasajera, huimos en lugar de mantenernos ante Dios. Procuramos escapar de la prueba en lugar de buscar la gracia de Dios que nos sostenga en la prueba y nos enseñe el pensamiento de Dios.

Una vez llegado a Beerseba, Elías dejó allí a su criado y se fue por el desierto camino de un día. En este lugar solitario se puso a orar. Pero esta oración cuán diferente es de las precedentes. Con anterioridad, él había orado por la gloria de Dios y la bendición de la nación: ahora, pedía para

él. Y ¡qué demanda! Exclama: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres”. Solo él se tiene en cuenta. Al huir de Jezabel y al orar en el desierto no piensa más que en él. Huye “por su vida” y ora por sí mismo.

Todo esto habla del profundo desaliento del profeta. Había visto el magnífico despliegue del poder de Dios en el monte Carmelo; había visto al pueblo, prosternado, reconocer: “Jehová es el Dios”. Había ejecutado el juicio sobre los profetas de Baal, había visto venir la lluvia como respuesta a su oración y, sin duda, esperaba un gran renacimiento del culto de Dios y de la bendición de Israel por medio de su ministerio. Aparentemente, todo había fracasado. Elías no estaba preparado para ello. Había pensado que él era mejor que sus padres y que bajo su poderoso ministerio habría un retorno verdadero y general hacia Dios, pero esto no había sucedido. Los años de hambre, la destrucción de los profetas de Baal, la lluvia del cielo, todo parece haber sido en vano; tan vano, en realidad, que Elías –el hombre que había representado a Dios– debe huir para salvar su vida. ¡Pobre Elías! podía hacer frente al rey, a los profetas de Baal y a todo Israel, pero **no estaba preparado para afrontar el fracaso de su misión**. Su último esfuerzo para traer el pueblo a Dios había sido vano. Lo mejor, por consiguiente, sería morir. Encontraría así el descanso después de una labor inútil y de un conflicto desesperado.

Qué merced volverse del servidor hacia el perfecto Maestro y ver brillar la infinita perfección de este en su rechazo. Después de todos sus milagros de gracia, sus palabras de amor, sus hechos poderosos, es despreciado y rechazado, tratado de comedor y bebedor, y tienen consejo para hacerlo morir. En ese momento de total rechazo y de aparente fracaso de todo su ministerio, él se vuelve hacia el Padre y puede decirle: “Te alabo, Padre... Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:25-26).

Elías no es muerto y no pasó por la muerte. Dios tenía otro plan para su amado siervo. Él no quería dejar que su siervo dejara este mundo como un hombre decepcionado, agobiado bajo el peso del desaliento, para morir en un lejano desierto. Su introducción en el cielo será muy diferente. El carro de Dios espera el momento escogido por Dios para transportarlo al cielo con gloria y honor. Mientras tanto, es objeto de los tiernos cuidados de Dios. Da el sueño a su amado; ángeles le sirven; le es provista comida y le es calmada su sed.

En el día de la manifestación de su fe, los cuervos pueden alimentarlo y la viuda sustentarlo; en el día de su abatimiento, los ángeles lo sirven y Dios mismo lo alimenta. ¡Qué Dios el que cuida de nosotros! “Nunca decayeron sus misericordias”.

“ Si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias  
(Lamentaciones 3:22, 32).

Tal fue la experiencia de Elías; despertado por el ángel, él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua”. Además, el Dios de los tiempos de Elías es el Jesús del tiempo del evangelio y, en circunstancias semejantes, los errantes discípulos pueden pasar toda la noche pescando sin recoger nada, pero encontrar, a la mañana siguiente, al Señor de gloria respondiendo a las necesidades de sus discípulos desfallecientes con un fuego de brasas y un pescado puesto encima, pan y una invitación llena de amor: “Venid, comed”.

Lo mismo nos pasa a nosotros. Nuestra fe puede debilitarse; podemos desanimarnos como consecuencia del aparente fracaso de todo nuestro servicio y, en los momentos de desaliento y de decepción, podemos perder toda energía y tener pensamientos amargos, orar sin discernimiento, incluso murmurar sobre nuestra suerte; y, no obstante, los tiernos cuidados de Dios jamás cesan; sus compasiones nunca faltan...

Después de haber reconfortado a su siervo con el sueño y la comida, Dios le habla: “largo camino te resta”. ¡Qué camino el de Elías a través de este mundo! Querit, Sarepta, el Carmelo, Horeb son las etapas y el carro de fuego está preparado para ponerles fin con poder y gloria; pero cada etapa era “larga” para Elías. El poder desplegado, el ánimo pedido, la fe requerida, la oposición que debía encontrar, las privaciones que tenía que soportar, todo era demasiado grande para un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. Si por un solo momento Elías pierde de vista al Dios vivo, si descuida su andar en la diaria dependencia de Dios, al instante descubre que no es mejor que sus padres y que el camino es “largo” para él.

Para nosotros, los cristianos, es bueno comprender que aquí abajo no nos espera el descanso. También nosotros estamos en un camino que termina en la gloria, pero un camino en el que hay pruebas que encontrar, dificultades que vencer, un testimonio que dar y una oposición que enfrentar. También nosotros podemos sentir que el camino es “largo” y que somos demasiado pequeños para recorrerlo.

Pero si bien el camino era muy largo para Elías, no lo era para el Dios de Elías. En su tierno amor, Dios provee a las necesidades de su siervo; y “fortalecido con aquella comida” –los alimentos que Dios había dado– caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios.

Todas las cosas son posibles para Dios. Por cierto que, al ver la gran extensión del camino y nuestra pequeñez, bien podemos decir: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?”. Pero la respuesta llega al instante: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 2:16; 12:9). Y entonces, como la gracia y el poder de Cristo resucitado están a nuestra disposición, bien podemos proseguir nuestro camino fortalecidos “en la gracia que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 2:1).

## Horeb - El monte de Dios

Llegado a Horeb, el monte de Dios, el profeta busca refugio en una cueva. De nuevo la palabra de Dios le llega con esta pregunta que lo sondea:

¿Qué haces aquí, Elías?

“

El profeta había huido del lugar del testimonio público y del servicio activo bajo la amenaza de una mujer; había huido para salvar su vida. Había dejado el sendero del servicio con sus sufrimientos, su oposición y sus persecuciones y se había buscado un refugio en la soledad del desierto y en las cuevas de los montes. Ahora su conciencia tiene que ser sondeada y él debe dar cuenta de sus acciones a Dios. Alguien dijo: «En Horeb, el monte de Dios, todas las cosas están desnudas y descubiertas; y Elías tiene que habérselas con Dios y solo con Dios».

Es difícil continuar en el camino del servicio; aparentemente, todo desemboca en el fracaso. Cuando no hay inmediatos resultados de nuestros trabajos, cuando el ministerio es descuidado, el servicio despreciado e incluso combatido, entonces estamos dispuestos a huir de nuestros hermanos, a abandonar el servicio activo y a buscar el descanso bajo un enebro o la soledad en un escondido retiro. Pero el Señor nos ama demasiado para dejarnos descansar en los tranquilos retiros que elegimos. Él formula en nuestra conciencia la pregunta: “¿Qué haces aquí?”.

Tal pregunta no había sido hecha en la soledad de Querit o en la casa de Sarepta. El profeta había sido conducido al aislado torrente y a la casa de la viuda por la palabra de Dios; en cambio había huido a la cueva de Horeb bajo la amenaza de una mujer.

Elías da una triple razón de su huida a la cueva. Primeramente dice: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos”. Sobrentiende que su celo por Dios había sido enteramente vano y que por tal causa había abandonado todo testimonio público. Estar ocupado de nuestro propio celo siempre conducirá a la decepción y al descontento, si no al abandono del servicio.

Luego se queja del pueblo de Dios. Han dejado el pacto de Dios, han derribado sus altares y han matado a espada a sus profetas. Da a entender que la desesperada condición del pueblo de Dios hacía inútil la prosecución de su trabajo en medio de ellos.

Finalmente dice: “y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”. El profeta afirma que ha quedado solo y que incluso el pueblo ante el cual había dado tan poderoso testimonio se había levantado contra él. Por eso les había vuelto la espalda y había buscado descanso y refugio en esta cueva aislada.

La pregunta de Dios pone de manifiesto el verdadero estado del alma del profeta, pero este aún debía aprender el profundo motivo de su huida. Esta no se debía en absoluto a que su celo no había logrado producir un cambio; tampoco obedecía a la terrible condición del pueblo de Dios o porque ellos buscaran quitarle la vida.

Jamás hubo celo parecido al del Señor. Él podía decir: “El celo de tu casa me consume” (Juan 2:17) y, no obstante, debió comprobar: “Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas” (Isaías 49:4). Jamás la condición de Israel fue más terrible que cuando el Señor trabajaba en medio de su pueblo. Y con cuánta razón el Señor podría haber dicho en los días de su humillación: «Me buscan para quitarme la vida». Pero, aunque su celo y su trabajo hayan sido vanos, a pesar de la condición del pueblo y aunque este repetidas veces procuró quitarle la vida, jamás, ni por un solo instante, se desvió del sendero de perfecta obediencia a su Padre. Jamás buscó el seguro retiro de una cueva aislada. Continuó su perfecta marcha en ese sendero de la obediencia a su Padre y del desinteresado servicio por los hombres. ¿Cuál es el secreto de esta vida admirable? Lo conocemos al oírle decir:

“ A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido (Salmo 16:8).

Además, no miraba las asperezas del camino que tenía que seguir, sino la gloriosa meta de su andar: “Mi carne también reposará confiadamente... Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (v. 9, 11).

Elías, pues, simplemente había huido por haber olvidado poner siempre a Dios delante de él; miraba más bien las asperezas del camino que el glorioso resultado al cual este le conducía. El fracaso de su vida de abnegación en cuanto a producir un cambio, el mal estado del pueblo y la persecución de la que era objeto jamás lo habrían hecho apartarse del camino del servicio si siempre hubiese tenido a Dios delante de él. ¡Qué importan las dificultades del camino si este termina por el arrebatamiento al cielo en un carro de gloria!

De modo que Dios se dirige de nuevo a Elías, diciéndole: “Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová”. Estas palabras revelan el secreto de su fracaso. Elías podía dar muchos motivos plausibles a su huida a la cueva, pero la verdadera razón está ahí: él había olvidado de poner a Dios delante de él. El secreto del valeroso testimonio ante Acab, de su potestad para resucitar al hijo de la viuda, del poder para hacer bajar fuego del cielo y de demandar la lluvia, consistía simplemente en que andaba y obraba por fe, delante del Dios vivo. El secreto de su huida, en cambio, residía en que obraba por temor a una mujer. Cuando se dirige al rey apóstata, le puede decir: “Jehová... en cuya presencia estoy”; cuando considera a la malvada reina, más bien es: «Jezabel, de cuya presencia huyo».

Elías debe aprender otra lección para ser vuelto a la presencia de Dios. Había visto cómo el fuego bajaba sobre el monte Carmelo, había visto los cielos oscurecerse “con nubes y viento” al aproximarse la lluvia y había asociado la presencia de Dios a esas aterradoras manifestaciones de la naturaleza. Había pensado que, después de esta gran muestra del poder de Dios, toda la nación se volvería hacia Dios con profundo arrepentimiento y, efectivamente, en ese momento se habían postrado y reconocido: “¡Jehová es el Dios!”. Pero no había habido un verdadero despertar. Elías debe aprender que el viento, el terremoto y el fuego no pueden ser efectivamente los siervos de Dios para despertar a los hombres; pero, a menos que la “voz callada y suave” (V. M.) sea percibida, ningún hombre es verdaderamente ganado para Dios. El trueno del Sinaí debe ser seguido por la voz callada y dulce de la gracia para que el corazón del hombre sea tocado y ganado. Dios no estaba en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego, pero sí en la voz callada y dulce.

“Y cuando la oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva”. Elías está en presencia de Dios, motivo por el cual de inmediato cubre “su rostro con su manto”. Lejos de Dios, habla de sí mismo; en presencia de Dios, se esconde. Pero todavía hay orgullo, amargura e ira en su corazón; por eso Dios lo sondea una vez más con la pregunta: “¿Qué haces aquí, Elías?”. Dios quiere que todo sea puesto al desnudo en su presencia. Elías descarga de nuevo su corazón. Todo lo que él dice es verdad en cuanto a los hechos, pero el espíritu con que esto es dicho es absolutamente falso. Es fácil discernir el orgullo herido y el espíritu lleno de amargura que se esconden detrás de sus palabras y que llevan al profeta a hablar bien de sí mismo y solamente mal del pueblo de Dios.

Después de haber repetido sus quejas y mostrado lo que había en su corazón, el profeta debe oír el solemne juicio de Dios.

Primeramente, dice Dios: “Ve, vuélvete por tu camino”. El profeta debe volver sobre sus pasos. Luego debe designar otros instrumentos para proseguir la obra de Dios. Elías se había quejado del mal en el pueblo de Dios; ahora tendrá la triste misión de designar a Hazael como rey de Siria, un instrumento para castigar al pueblo de Dios. El profeta había huido bajo la amenaza de la malvada Jezabel; debe designar a Jehú como rey de Israel, el instrumento para ejecutar el juicio sobre Jezabel. Había hablado en bien de sí mismo y creído que él solo quedaba; debe designar a Eliseo para que sea profeta en su lugar. El profeta, en su queja, había olvidado a Dios y todo lo que Él hacía en Israel, a tal punto que pensaba haber quedado solo y ser el único hombre por medio de quien Dios podía obrar. Le hace falta saber que Dios se había reservado siete mil hombres cuyas rodillas no se habían doblado ante Baal. Efectivamente, Elías había sentido un vivo celo por Dios, pero no había sido capaz de descubrir a estos siete mil hombres. Veía el mal en el pueblo y los juicios que Dios enviaba, pero era incapaz de ver lo que Dios hacía en su gracia.

Frente a este solemne mensaje, el profeta es reducido a silencio. No tiene más que decir de sí mismo. En el monte Carmelo dijo ante el rey y todo Israel: “Solo yo he quedado profeta de Jehová”; en el monte Horeb dos veces dijo en presencia de Dios: “Solo yo he quedado”. Pero, finalmente, debe aprender la saludable lección de que él es uno entre siete mil.

Finalmente podemos observar otro conmovedor rasgo de este incidente: la **delicadeza** con que Dios obra, incluso cuando debe reprender.

Alguien ha dicho: «Dios obraba con Elías como con un siervo amado y fiel, incluso en el momento en que le hacía sentir su falta de fe; pues **Él no permitió que otros lo supieran**, aunque nos lo haya comunicado para nuestra instrucción».

## Ocozías - Ciertamente morirás

De la misma manera que el ministerio público de Elías había empezado con un mensaje de juicio para Acab, se termina con un mensaje de muerte dirigido a su malvado hijo, el rey Ocozías. Lee-mos acerca de este hombre: “Hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel” (1 Reyes 22:52). Su carácter combinaba la complacencia en sí mismo que había animado a su padre con la fanática idolatría de su madre. Los tres años y medio de hambre, la derrota de Baal en el monte Carmelo, el juicio de los falsos profetas, los solemnes designios de Dios para con su padre, son otros tantos hechos que debían ser bien conocidos por Ocozías. Pero, indife-rente a todas estas advertencias, “sirvió a Baal, y lo adoró, y provocó a ira a Jehová Dios de Israel, conforme a todas las cosas que había hecho su padre” (v. 53).

No obstante, es imposible endurecerse contra Dios y prosperar. Las dificultades se hacen sentir alrededor del malvado rey. Moab se rebela y él mismo queda inmovilizado como consecuencia de una caída desde la ventana de una sala alta de su palacio. Esta enfermedad, ¿va a abrir los ojos del rey y volver sus pensamientos hacia Jehová, el Dios de Israel? Lamentablemente, en la prosperidad había vivido sin Dios y, en las dificultades, menosprecia el castigo de Dios. Mientras tenía buena salud, había servido a los ídolos con todo el celo fanático de su madre y, en su en-fermedad, su espíritu depravado es incapaz de escapar al poder demoníaco de ellos. En lugar de volverse arrepentido hacia Dios, el Dios de Israel, consulta a Baal-zebul, el dios de Ecrón, para saber si se sanaría de su enfermedad.

En Ecrón estaba el gran oráculo pagano de esta época, el templo del dios sidonio Baal-zebul, li-teralmente el dios de las moscas. Sus adeptos le atribuían el poder de sanar enfermedades y de expulsar a los demonios. Por eso, en los días del Nuevo Testamento, los fariseos acusaban al Se-ñor de echar fuera a los demonios por medio del poder de Beelzebú. Mucho tiempo antes, Saúl, sumamente perturbado, se había vuelto hacia los demonios y había oído pronunciar su juicio in-mediatamente por medio del profeta Samuel. Ocozías, a su vez, repite el horroroso pecado del rey Saúl. Agobiado por las dificultades, él también, de forma aparatosa y pública, provoca al Dios vivo re-clamando la ayuda de los demonios y, de la misma manera, oye pronunciar su juicio por medio del profeta Elías.

Lamentablemente, los hombres de nuestro tiempo y de nuestra generación no han tenido en cuenta el solemne ejemplo de estos pecadores de sangre real. Vemos, en medio de sus profundas dificultades y de sus agobiantes calamidades, cómo los hombres tienden sus manos hacia los

demonios. Como han vivido sin Dios en los días de prosperidad, no se han arrepentido y rehúsan reconocer a Dios en los días de su calamidad, caen bajo el poder de los demonios. Sabios, gente culta e incluso a veces religiosos, se entregan diligentemente al seguimiento del espiritismo. Ni la inteligencia, ni la imaginación, ni la religión humana pueden impedir que se caiga bajo el poder de los demonios, lo que confirma que jugar con el diablo es sellar el propio juicio de uno. “Ya está en acción el misterio de la iniquidad”. Como los hombres han abandonado a Dios y despreciado el Evangelio, están dispuestos a ponerse bajo la dirección de aquel “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:7, 9-12).

La apostasía abre el camino al espiritismo, y el espiritismo prepara el camino al hombre de pecado, cuya venida es obra de Satanás.

Pero los hombres olvidan, como Ocozías, que nuestro Dios es fuego consumidor y que, si ellos desprecian su gracia y ofenden su majestad, terminará por llevarlos a juicio y reivindicará su propia gloria. Ocozías lo descubre por propia experiencia. Por instrucción del ángel de Dios, Elías detiene a los servidores del rey y les transmite un mensaje de Dios, quien pronuncia su juicio. El rey no se levantará de su cama, sino que ciertamente morirá. Como alguien lo ha dicho: «La muerte debe reivindicar la verdad y la existencia de Dios, cuando la incredulidad niega y rechaza toda otra evidencia».

Este es, pues, el último mensaje de Elías antes de que sea retirado de una escena de pecado para ser introducido en una escena de gloria. Para la humilde viuda en su aislada casa, él había sido “olor de vida para vida”; para el rey apóstata en su impío palacio, él era “olor de muerte para muerte”.

Después de haber entregado su mensaje, Elías se retira a la cumbre de un monte. Esta separación moral respecto del mundo culpable de su época, la que lo coloca espiritualmente por encima de él, está fuera del alcance de la ira de los hombres y del poder de los demonios. Es esa una santa y dichosa separación que testimonia cuán completamente el hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras ha sido restablecido en esta apacible confianza que es la parte del hombre de

Dios. Los reyes apóstatas, las Jezabeles perseguidoras, los jefes de cincuenta y sus hombres ya no inspiran más temor a Elías cuando, con serena confianza en el Dios vivo, está sentado en la cumbre del monte, esperando la maravillosa escena que lo introducirá en la morada gloriosa.

¡Qué bendita es la posición de los cristianos! En el seno de una cristiandad próxima a la apostasía pueden, como Elías en su tiempo, estando moralmente separados de este presente siglo malo, descansar serenamente mientras esperan el gran momento en que, a la voz de mando del Señor, serán introducidos en una escena de gloria, para estar siempre con el Señor.

En esta posición de separación moral, Elías no solamente está fuera del alcance de sus enemigos, sino que el fuego de Dios está a su disposición para destruirlos. El ángel de Dios que envía un mensaje de juicio al rey impío es también aquel que “acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34:7). Así, dos jefes de cincuenta y sus hombres son devorados por el fuego del cielo. El rey, sabiendo que tiene que habérselas con un hombre con poder poco común, envía sus jefes de cincuenta y sus hombres. Completamente impasible ante este despliegue de fuerzas, Elías responde tranquilamente: “Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmame con tus cincuenta”. Si Elías es un hombre de Dios, entonces Dios está con Elías y Ocozías debe aprender que los reyes y todos sus ejércitos no tienen ningún poder contra un hombre si Dios está con él.

Hay, sin embargo, una lección más importante en esta solemne escena. Dos veces en la historia de Elías el fuego desciende del cielo, pero en ocasiones muy diferentes. En el monte Carmelo, “cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto”. El fuego cayó sobre la víctima expiatoria de los pecados del pueblo culpable y el pueblo resultó indemne, ya que ni un israelita fue tocado por ese fuego. Y el pueblo fue llevado a Dios: “se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!”. Este es un tipo de ese único momento en el que también Cristo “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). Han pasado años desde que el fuego cayó sobre la víctima en el monte Carmelo; la gracia de Dios, que proveyó un sacrificio y puso al pueblo culpable al abrigo del juicio, ha sido olvidada. El sacrificio ha sido despreciado y ahora también el fuego cae desde la cumbre del monte. Dios nuevamente va a reivindicar su gloria por medio del fuego consumidor. Pero esta vez no hay víctima entre un Dios santo y un pueblo culpable. El sacrificio ha sido descuidado y el fuego cae sobre el pueblo culpable para destruirlo totalmente.

Esto no es más que una débil imagen del destino que le espera a este mundo culpable. Durante largos siglos ha sido proclamada la buena nueva del perdón de los pecados por medio del sacrificio de Cristo. Los hombres han despreciado ese sacrificio a tal punto que, en estos tan favorecidos países de la cristiandad, ha llegado a ser un hecho indiferente. Dios no puede ser burlado; si el hombre desprecia el juicio de la cruz y pisotea al Hijo de Dios, “ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:26-27). Si los hombres no quieren aprender que Dios es un Dios de gracia que puede perdonar a causa del sacrificio de Cristo, deberán aprender, por medio del juicio que caerá sobre ellos, que Dios es un fuego consumidor y que se venga de todos aquellos que desprecian a su Hijo. Aquel que soportó el juicio en la cruz es el mismo que será revelado del cielo, como llamas de fuego, para ejercer la venganza contra aquellos que no quieren saber nada de Dios y contra aquellos que no obedecen (o aceptan) al Evangelio.

Cuán preferible es, frente a las advertencias de la palabra de Dios, seguir el ejemplo del tercer jefe de cincuenta, quien pide su gracia y la obtiene.

En esta última escena, Dios reconoce públicamente a su siervo restablecido y se sirve de él. Elías, sin temor, da testimonio para Dios en la misma ciudad de la que había huido a causa de la amenaza de una mujer. Obediente a la palabra de Dios, sin trazas de temor, este hombre solitario, escoltado por el ejército del hostil rey, desciende a la fortaleza del enemigo para reivindicar la gloria de Dios mediante la repetición del mensaje judicial. El rey apóstata está allí —y, sin duda, la malvada Jezabel también—, pero ni la ira de los reyes ni las amenazas de mujeres violentas despiertan el menor temor en este hombre restablecido, quien, también entonces, pone su confianza en el Dios vivo, teniendo al mundo detrás y la gloria ante él.

Muchos siglos más tarde, este último hecho público de la historia de Elías es recordado por los discípulos del Señor Jesús (Lucas 9:51-56). Su camino aquí abajo llegaba a su fin, pues iba a cumplirse el tiempo en que él había de ser recibido arriba. El Señor Jesús, afirmando su rostro para ir a Jerusalén, atravesaba el país de Elías y, así como en otro tiempo los habitantes de esta comarca habían rechazado al siervo de Dios antes que subiera al cielo, ahora, en análogas circunstancias, rechazan al propio Señor. Las puertas eternas iban a abrirse ante el rey de gloria. El cielo estaba preparado para recibir a Dios, poderoso en batalla; pero, en cuanto a la tierra, leemos: “Mas no le recibieron”. Los discípulos sienten profundamente el insulto hecho a su Señor y Maestro. Poco comprenden la elevación de la gloria en la que iba a entrar; solo pueden ver una pequeña medi-

da de las bendiciones abiertas por medio de Su nueva posición en la gloria. Pero aman al Señor y, así como Elías hizo bajar el fuego del cielo sobre los jefes de cincuenta, ellos quieren destruir por medio del fuego del cielo a esos samaritanos que lo insultan.

Su petición provenía del afecto que tenían por el Señor; la justicia respecto de aquellos que rechazaban a Cristo la reclamaba y, de hecho, como lo hemos visto, llega el día en que el Señor será revelado del cielo, con llamas de fuego, para ejecutar venganza contra un mundo que rechaza a Cristo. Pero ese tiempo no ha llegado todavía; entre el día en que el Señor fue recibido en el cielo y el momento en que vendrá del cielo para ejecutar juicio, está la época más maravillosa de la historia del mundo, época durante la cual Dios dispensa la gracia a ese mismo mundo que rechaza a Cristo. Los discípulos no sabían gran cosa o incluso nada de eso. Podían comprender un juicio ejecutado en la tierra, pero no podían alcanzar el concepto de lo que es la gracia dispensada desde el cielo. No obstante, tal es la gloriosa verdad; Dios proclama la gracia a un mundo de pecadores por medio de Cristo resucitado.

Por medio de él se os anuncia perdón de pecados

“

(Hechos 13:38).

## El Jordán - El carro de fuego

En esta vida extrañamente agitada, Elías pasa de milagro en milagro, el último de los cuales es el más grande de todos. No hay viaje más notable que su último peregrinaje de Gilgal al Jordán. El profeta, conducido por el Espíritu de Dios, visita lugares que hablan de manera sorprendente de los designios de Dios con respecto a Israel.

Primeramente podemos observar que el profeta es acompañado por Eliseo, quien había sido ungido en su lugar. Ahora había llegado el momento en que Elías debía subir al cielo, dejando a Eliseo para representar en la tierra al hombre que es arrebatado al cielo. **El punto de partida del ministerio de Eliseo es el arrebatamiento de un hombre al cielo.** Va a ser en la tierra el testigo del poder y de la gracia que con justicia pueden introducir a un hombre en el cielo a pesar del pecado, la muerte y todo el poder del enemigo.

También podemos observar que, si bien el hombre que está en la tierra debe representar de manera apropiada al hombre que está en el cielo, también debe recorrer el camino que, pasando por Gilgal, Bet-el y Jericó, conduce a la orilla del Jordán, y allí su mirada debe ser llena de la gloria de la ascensión.

En estos grandes misterios tenemos una notable imagen de la verdadera posición del cristiano durante su travesía por este mundo. Si somos dejados algún tiempo en la tierra, es para que representemos al Hombre que ha subido al cielo, al hombre Cristo Jesús, el Hombre en la gloria. ¡Qué honor nos ha tocado, de ser dejados algún tiempo, como testigos de Cristo, en el mundo en que fue rechazado! Incluso si ocupamos una oscura y humilde posición en este mundo, el motivo de nuestra presencia aquí abajo es elevado. Es representar a Cristo en la vida de cada día. Eso es lo que ilumina la vida más oscura y lo que sostiene la vida más triste.

Pero, para ser testigos, debemos conocer, mediante la experiencia de nuestra alma, algo de las grandes verdades presentadas en este último viaje. También debemos ir de Gilgal al Jordán y retener la visión del Hombre elevado y glorificado, antes de poder presentar en alguna medida sus gracias y sus virtudes en un mundo que lo rechazó.

Gilgal es el punto de partida de esta memorable jornada. En Gilgal, Israel fue separado para Dios por medio de la circuncisión y allí Dios pudo decir al pueblo: “Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto” (Josué 5:9). Allí, la carne fue puesta de lado y el oprobio de Egipto fue quita-

do (o «hecho rodar» = Gilgal). En el mar Rojo, los hijos de Israel fueron liberados de Egipto, pero el oprobio de Egipto no había sido quitado (o hecho rodar) de encima de ellos hasta la circuncisión a orillas del Jordán.

Sabemos, por la epístola a los Colosenses, que la circuncisión es la figura del acto de “despojarse del cuerpo de la carne” (Colosenses 2:11, N. T. Interlineal Griego-Español F. L.). Hemos sido liberados por medio de la muerte de esta cosa mala que la palabra de Dios llama carne. Esta liberación está en la muerte de Cristo, y la fe acepta que estamos muertos con Cristo. Sobre la base de este gran hecho somos exhortados así:

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros

“

(Colosenses 3:5).

El apóstol nos dice a continuación qué es lo que está en nosotros: “Fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría”. Luego, también debemos renunciar a todas estas cosas: “Ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca” y mentiras (v. 8-9). Es importante recordar que éstos no son miembros del cuerpo, sino miembros de la carne. Los miembros del cuerpo debemos entregarlos a Dios (Romanos 6:13); los miembros de la carne debemos mortificarlos. Además, no se nos exhorta a mortificar la carne, sino **los miembros de la carne**. Esta última fue muerta en la cruz. La fe acepta esto, pero en nuestro andar cotidiano debemos suprimir cualquier manifestación de la carne, esas cosas horribles y malas en las que vivíamos cuando estábamos en el mundo. Según la medida en que estas cosas se ven todavía en nosotros, el oprobio de Egipto está todavía ligado a nosotros, pues todas estas cosas no solo proclaman el hecho de que hemos estado en el mundo, sino que también ponen en evidencia la clase de vida que habíamos llevado en el mundo; ellas, pues, se convierten en un oprobio para nosotros. Pero si estas manifestaciones de la carne son suprimidas, no son más vistas, entonces el oprobio de Egipto es quitado, pues si estas cosas han desaparecido, nadie puede decir qué clase de persona éramos cuando vivíamos en el mundo. Esta mortificación de nuestros miembros que están en la tierra es el Gilgal del cristiano. Josué, después de sus victorias, siempre volvía a Gilgal; de igual modo, el cristiano, después de cada nueva victoria, debe velar y rechazar sin titubeo cualquiera manifestación de la carne. Tal es la primera etapa del viaje y su importancia debe ser objeto de nuestra mayor estima. Si debemos representar al Hombre que subió al cielo, es sumamente importante que cualquier manifestación de la carne sea juzgada y rechazada.

Bet-el es la siguiente etapa. La profunda significación de ese lugar célebre es proporcionada por la historia de Jacob. En su trayecto de Beerseba a Harán, se encontró en un lugar en el que pasó la noche. Con la tierra por cama y piedras como cabecera, se echó a dormir. Dios se le apareció en sueños y le hizo tres promesas incondicionales a este vagabundo (Génesis 28:10-15).

1. En cuanto al país. Este le sería dado a Jacob y a su descendencia. Israel tomó posesión del país y lo perdió, sobre la base de la responsabilidad. Hasta ahora nunca lo ha poseído conforme a esta promesa hecha sobre el terreno de la gracia soberana.

2. En cuanto a Israel, la simiente de Jacob. Esta será multiplicada como el polvo de la tierra y se extenderá al occidente y al oriente, al norte y al sur y, en Israel, todas las familias de la tierra serán benditas.

3. En cuanto al mismo Jacob. Durante veinte años será un vagabundo expuesto a dificultades y peligros, pero Dios le da la seguridad de que estará con él, que lo guardará y lo volverá a traer al país. “No te dejaré” –dice Dios– “hasta que haya hecho lo que te he dicho”.

Bet-el testimonia así la fidelidad inamovible de Dios hacia su pueblo. Ha preparado un lugar para los suyos, los prepara para ese lugar, guardando a cada uno de ellos y velando sobre él de tal manera que ninguno perecerá, cualesquiera sean las dificultades y lo extenso del viaje.

Mientras continuamos nuestro peregrinaje en este mundo, sabemos que la casa hacia la cual nos dirigimos está preparada para nosotros por la invariable fidelidad de Dios. El apóstol puede recordarnos que nos dirigimos hacia una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros (1 Pedro 1:4). Israel tiene un país asegurado en la tierra y el cristiano una habitación conservada en los cielos.

Además, somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (v. 5).

Y cuando por fin seamos recogidos en esta morada, ni uno de los suyos faltará. El viaje puede ser largo, el camino escabroso, la contradicción fuerte, la lucha terrible –quizá fallemos y caigamos a menudo–, pero las palabras de Dios a Jacob son aplicadas por el apóstol a nosotros:

No te desampararé, ni te dejaré

(Hebreos 13:5).



Si Gilgal habla del constante mal de la carne, toda actividad de la cual debe ser rechazada, Bet-el nos habla de la invariable fidelidad de Dios en la que nuestra alma puede descansar con perfecta confianza.

Pero en los días del profeta, el testimonio de Gilgal y de Bet-el en cuanto a la relación de Dios con Israel no era más que un recuerdo rememorado por la fe. Para la vista, Gilgal y Bet-el habían llegado a ser los testigos del pecado del pueblo. Amós, el pastor, acusa al pueblo de haber pecado en Bet-el y de haberse rebelado en Gilgal (Amós 4:4). Bet-el, la sede de uno de los becerros de oro, era un centro de idolatría; y, si bien la transgresión era universal, en Gilgal estaba multiplicada. Elías mira más allá del horroroso pecado de la nación. Reconoce que el propósito de Dios es tener un pueblo puesto aparte para él, un pueblo introducido en la bendición únicamente en virtud de Su invariable fidelidad y de Su incondicional gracia.

De la misma manera, en los últimos días de la dispensación cristiana, la cruz, que es el testimonio del enjuiciamiento de la carne, se ha convertido, entre las manos del hombre, en un objeto de idolatría universal. Cuántas personas la veneran, al mismo tiempo que rechazan todo lo que ella significa y menosprecian al Cristo que sufrió en ella. También Bet-el (palabra que significa «casa de Dios»), el lugar de bendición por la manifestación de todo lo que Dios es en su invariable fidelidad, ha sido transformado en un caserón de maderas y piedras en el cual el orgullo y la gloria del hombre pueden encontrar su retribución. Ya sea en los días de Elías o en los nuestros, nada prueba mejor la total ruina de lo que profesa el nombre de Dios que la corrupción de aquello que es divino.

Más tarde el profeta es enviado a Jericó, la ciudad contra la cual Dios había pronunciado maldición. Un hombre, desafiando a Dios, la había reedificado y así se había atraído el juicio contra sí mismo. Jericó se convierte así en el testigo del juicio de Dios contra aquellos que se oponen a su pueblo y se rebelan contra Él. La fe de Elías sabía que la nación rebelde iba al encuentro del juicio; igualmente, la fe discierne hoy que la cristiandad profesante se encamina rápidamente hacia su juicio.

De Jericó, Elías va al Jordán. Como tipo, el Jordán es el río de la muerte. Israel lo había atravesado en seco para entrar en el país, y también ahí Elías y Eliseo lo atraviesan en seco, pero, para ellos, se trata de escapar del país que estaba bajo juicio. Esta travesía del Jordán testimonia que todos los vínculos entre Dios e Israel están rotos en razón de la responsabilidad de ellos. El juicio pesa sobre el pueblo, pero la fe reconoce que la muerte es el único medio para escapar del juicio.

Gilgal nos dice que la carne debe ser rechazada y que el oprobio de Egipto debe ser quitado para que Israel herede el país.

Bet-el habla del soberano propósito de Dios de bendecir a su pueblo merced a su incondicional gracia.

Jericó testimonia que, en razón de la responsabilidad, la nación está bajo juicio.

El Jordán indica que el único medio para escapar del juicio es la muerte.

En este viaje podemos ver, en tipo, el perfecto camino del Señor Jesús en medio de Israel. El oprobio de Egipto no estaba en Él. Andaba y vivía en la luz de la invariable fidelidad de Dios a sus promesas. Advertía a la nación acerca del juicio que iba a venir y fue hasta la muerte que rompió todos los vínculos con Israel según la carne. Así abrió una puerta a sus discípulos para que escaparan del juicio que iba a caer sobre la nación.

Pero, así como en Elías vemos el camino del Señor Jesús a través de este mundo hasta la gloria celestial, pasando por la muerte, en Eliseo vemos una imagen del creyente que se identifica de corazón con Cristo; en espíritu, él toma el camino que conduce fuera del mundo y, habiendo visto a Cristo que sube a la gloria a través de los cielos abiertos, vuelve a un mundo que está bajo juicio para dar testimonio, por gracia, del Hombre elevado en la gloria. En tiempos de Elías había muchos hijos de profetas en Bet-el y en Jericó, pero un solo hombre hizo el trayecto con el profeta. Los hijos de los profetas tenían muchos conocimientos; podían decir a Eliseo lo que iba a ocurrir, pero no tenían corazón para seguir a Elías. Y hoy, cuántos son los que saben mucho sobre Cristo, están muy instruidos en las Escrituras, pero no están dispuestos a aceptar con Cristo el lugar fuera del campamento; conocen poca cosa del lugar que tienen con Cristo en el cielo.

¿Cuál es el poder que capacita a una alma para emprender este viaje? La historia de Eliseo nos descubre el secreto. Primeramente fue **atraído** hacia Elías: cierto día de su historia, Elías pasó “delante de él” y le echó encima su manto (1 Reyes 19:19). ¡Qué gran día aquel en que el Señor Jesús se acercó a nosotros y nos puso bajo el poder de su gracia! Pero, como Eliseo, si bien nos sentimos atraídos hacia Cristo, lazos naturales nos retenían todavía. Su gracia que correspondía a nuestras necesidades nos apegaba a Cristo, pero Él no tenía el primer lugar para nosotros. Sin embargo, en la historia de Eliseo, los lazos naturales fueron finalmente rotos y “fue tras Elías, y le servía” (v. 21). Una cosa es ser salvado por Cristo –por así decirlo, estar al abrigo de su manto– y otra es salir definitivamente para servirle. Esto no implica necesariamente que renunciemos a nuestra profesión para seguir a Cristo o que volvamos la espalda a nuestro hogar, a nuestra fa-

milia. Significa que, si antes ejercíamos nuestra profesión con propósito egoísta, ahora Cristo se ha convertido en nuestro objeto. Un niño inconverso quizá obedezca a sus padres porque es justo hacerlo o porque el afecto natural le impulsa a ello; en cambio el niño convertido obedecerá porque eso agrada al Señor. Y cuando Cristo de esta manera llega a ser el objeto de nuestros corazones, muy naturalmente vamos tras él y le servimos.

Al servir a Cristo, crece nuestro conocimiento de él, y eso nos conduce a otra etapa: nos **unimos** a él. Esto está ilustrado de manera notable en la historia de Elías: “No te dejaré”. Es el lenguaje de un corazón movido por el afecto. En el servicio el amor es puesto a prueba. En Gilgal, Bet-el y Jericó, Eliseo es puesto a prueba por las palabras de Elías: “Quédate ahora aquí”, y tres veces la respuesta es la misma: “No te dejaré”. Aunque el viaje de Elías conduzca a Bet-el –la ciudad del becerro de oro–, a Jericó –la ciudad de la maldición– y al Jordán –el río de la muerte–, Eliseo persiste en su amor. Rut igualmente podía decir: “Dondequiera que tú fueres, iré yo” (Rut 1:16). Más tarde, cuando varios discípulos se habían retirado y no andaban más con Jesús, los doce dicen: “Señor ¿a quién iremos?” (Juan 6:68). La gracia de Cristo los había atraído tras Él y el amor los mantenía unidos a Cristo.

Además, el afecto del corazón lleva a Eliseo a una plena identificación con Elías. Tres veces en este último viaje, el Espíritu de Dios emplea las palabras “ellos dos (ambos)”. De Jericó se fueron, pues, “ambos” (v. 6). En el río, “ellos dos se pararon junto al Jordán” (v. 7) y “pasaron ambos por lo seco” (v. 8). El amor se complace en aceptar el hecho de que hemos sido identificados con Cristo en el lugar del juicio y en las aguas de la muerte.

Si hemos sido identificados con Cristo en la muerte, es para que podamos tener con él una feliz comunión en la resurrección. Esto también está prefigurado en este bello relato, pues, luego de haber pasado por un nuevo terreno a través del río de la muerte, leemos: “ellos seguían andando y hablando” (v. 11, V. M.). Hace quizá largos años que hemos sido convertidos, pero ¿andamos todavía con Cristo y hablamos con Cristo mientras continuamos nuestro camino?

Elías indica el camino por el que el creyente es conducido a seguir a Cristo fuera de este mundo destinado al juicio, al lugar de la resurrección y de la gloria. **Atraído a Él** por gracia, **unido a Él** por amor, **identificado con Él** en la muerte y **gozando con Él de la comunión** en la resurrección.

Llegados a la otra orilla del Jordán, fuera del país, inmediatamente todo cambia. Ahora Elías puede decir: “Pide lo que quieras que haga por ti”. La gracia pone todo el poder de un hombre resucitado a disposición de Eliseo. La muerte ha abierto el camino a la soberana gracia. Lamentablemente, qué mal comprendemos el hecho tan importante de que toda la gracia y el poder de Cristo resucitado están a nuestra disposición. ¡Qué ocasión para Eliseo! No tiene más que pedir para obtener. ¿Pide él larga vida, o riqueza, o poder, o sabiduría? ¡Nada de eso! Su fe, superando todo lo que el corazón natural podría desear, enseguida pide una doble porción del espíritu de Elías. Comprende que, si debe permanecer en la tierra en lugar de Elías, tendrá necesidad del espíritu de Elías.

Esta escena transporta nuestros pensamientos al aposento alto de Juan 14. El Señor está a punto de dejar a sus discípulos y subir a la gloria y, si bien no les dice: «Pedid lo que queréis que haga por vosotros», en cambio pide por nosotros:

“ Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre (v. 16).

¡Cuán lentos somos para comprender que una Persona divina subió al cielo y que una Persona divina bajó del cielo para morar en los creyentes! La Persona que bajó es tan grande como la Persona que subió. Ella puede, pues, darnos el poder de representar a Cristo como Hombre exaltado.

Eliseo pidió una cosa difícil. No obstante, le sería concedida si, dijo Elías, “me vieres cuando fuere quitado de ti”. “Y aconteció que mientras ellos seguían andando y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego, que los separaron al uno del otro; y subió Elías en un torbellino al cielo. Y Eliseo le vio”. Vio a Elías subir a la gloria, pero en la tierra **“nunca más le vio”** (2 Reyes 2:11-12).

El apóstol Pablo dice: “Y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura (creación) es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:16-17). También encontramos eso aquí: Eliseo, “tomando sus vestidos, los rompió en dos partes”. No solamente se separa de las “cosas viejas” sino que, además, las hace inútiles. No se limita a tomar y plegar sus vestidos para volverlos a tomar más tarde, sino que los desgarró en dos partes. Ha terminado con ellos para siempre. A partir de entonces se viste con el manto de Elías. Pero es el manto del hombre que ha subido al cielo pasando antes por Jericó y el Jordán. Como figura, Elías ha pasado por el juicio y la muerte y Dios puede

enviar a Eliseo con un mensaje de gracia a la nación que está bajo el juicio. Para que este testigo tenga poder, hace falta que sea un verdadero representante del hombre que ahora está en el cielo. Eliseo lo es, porque después de la escena del arrebatamiento, los hijos de los profetas dicen: “El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y vinieron a recibirle, y se prosternaron delante de él”.

Igualmente, si hemos visto a Cristo en lo alto y nuestras miradas están llenas de las glorias de la nueva creación, es nuestro privilegio separarnos de las “cosas viejas”. Así podemos, con el poder del “Espíritu de vida en Cristo Jesús” (Romanos 8:2), representar al Hombre que ha subido al cielo; de forma que incluso el mundo se ve obligado a admitir que hemos estado “con Jesús” (Hechos 4:13).